EL LABERINTO,

PERIÓDICO UNIVERSAL.

SUSCRICION EN MADRID.
Un mes 8 rs.—Tres id. 20.—Seis id. 36.—Un año 70.—El número suelto 5 reales.

N.º 12, TOMO II.—MIERCOLES 16 DE ABRIL DE 1843.
La redaccion está en la calle de la Manzana, número 15, cuarto bajo.—El correo franco de porte.

SUSCRICION EN PROVINCIAS.
Un mes 10 rs.—Tres id. 28.—Seis id. 54.-Un año 110.-Suscríbese en las principales librerias del reino corresponsales de la casa.

RESUMEN.

Juan de Mal-Lara, su filosofia vulgar, por D. José Amador de los Rios.=**Donde las dan las toman, capitulo II (novela)**, por D. M. J. Diana.=**Recuerdos de viaje, (artículo segundo)**, por D. Manuel Cañete.=**Boletin Bibliográfico.**=**Columna y cuarto de original, (poesia)**, por A. Flores.=**Un viaje à las Provincias Vascongadas, (artículo décimo)**, por D. Antonio Flores.=**Música.**=**Actual estado de los compositores y cantores italianos**, por D. J. Foors.=**Revista de la Quincena**, por D. A. Flores.

JUAN DE MAL-LARA.

SU FILOSOFIA VULGAR.

Muy escasas y confusas son las noticias que de este docto sevillano han visto hasta ahora la luz pública, no pudiendo menos de causarnos admiracion el que tan poco caso se haya hecho de uno de los mas esclarecidos ingenios del siglo XVI y que mas profundamente comprendieron el espíritu y las necesidades de su época.—Juan de Mal-Lara, citado apenas por los críticos de nuestro tiempo, era en verdad digno de que se le tributase algun homenaje de reconocimiento, como humanista, como maestro de la juventud sevillana de aquel siglo tan feliz para el nombre español, y finalmente como filósofo. Desconocidas, sin embargo, sus principales obras por la mayor parte de los que han estado en situacion de hacerle justicia, ó leidas quizá con demasiada precipitacion, nadie ha dicho de él mas de lo que Juan de la Cueva nos refiere en su *Ejemplar poético*, y Moratin en sus *Orígenes del teatro*; nadie ha tratado de reconocer sus obras, para llenar este vacío que en la historia de nuestra literatura se advierte; y en ninguna parte mas que en sus producciones existian los datos, de cuya falta tanto se han lamentado nuestros modernos literatos.—En efecto, en la obra, cuyo título hemos puesto al frente del presente artículo

hemos encontrado nosotros las noticias apetecidas: la *Filosofía vulgar*, esa obra de que no hacen mencion alguna los historiadores, nos ha dado á conocer enteramente á Juan de Mal-Lara, nos ha revelado sus estudios, sus conocimientos y el espíritu filosófico que fué el alma de sus producciones.—Despues de conocerle, despues de admirarle, hemos querido que el público le conociera tambien y hemos tomado la pluma para indicar á los jóvenes estudiosos y á los eruditos las fuentes en donde pueden saciar la curiosidad excitada al escuchar el nombre del entendido escritor y poeta sevillano, á quien se han prodigado sin conocerle los mayores elogios.

Nació Juan de Mal-Lara en la capital de Andalucía, cuna siempre de celebrados ingenios, á fines del primer tercio del siglo XVI, siendo sus padres Diego de Mal-Lara y Beatriz Ortiz, personas ambas de honradas familias, aunque pobres.—Ejercitábase Diego de Mal-Lara en la enseñanza de las primeras letras y notando que su hijo manifestaba grande disposicion para su estudio, resolvióse á que lo continuára, poniéndole al cuidado del maestro Pedro Fernandez, quien le enseñó en breve tiempo las gramáticas griega y latina, cuyas lenguas poseia perfectamente, segun el dicho del mismo Mal-Lara.—Dedicóse despues al conocimiento del hebreo y del árabe, haciendo en todos estos estudios tan considerables adelantos que decidieron á su pobre padre á enviarlo á la universidad de Salamanca, que era á la sazon la que gozaba de mas nombradía, para que prosiguiera los *estudios mayores*, frase con que principalmente se designaban la filosofía escolástica y la teología, que eran entonces, en especial la última, las ciencias de mas importancia que en aquella universidad se cultivaban.—Permaneció allí por el espacio de seis años en los cuales cursó ambas facultades, siendo sus catedráticos, entre otros profesores, los maestros Leon de Castro, Miguel de Palacios y Juan del Caño, quienes por ser Mal-Lara de un natural dulce y afable le tomaron grande cariño, conservando con él las mas estrechas relaciones. Empapóse en aquella ciudad en el estudio de los poetas griegos y latinos del mejor tiempo y manifestó desde luego su grande inclinacion á la poesía, escribiendo una *silva en verso latino* en alabanza de las mujeres célebres, tanto antiguas

como modernas; trabajo que fué recibido con aplauso por los hombres mas entendidos de Salamanca, impulsándole á continuar en estas tareas. Comenzó entonces el poema titulado los *Trabajos de Hércules*, escrito en octavas, del cual solo han llegado á nuestras manos algunos excelentes trozos que cita en su *Filosofía* y escribió para que se representase en las escuelas de tan *insigne universidad* una comedia, á la cual puso por título *Locusta*, dando el primer ejemplo en España de la comedia de costumbres, en que se contuviera un pensamiento moral, propiamente hablando. Compuso ademas algunas églogas, en las cuales se propuso siempre un fin, reprendiendo sagazmente los vicios que en sus contemporáneos notaba, como refiere él mismo en la Centuria X.ª de la citada *Filosofía*, al desaprobar la costumbre poco racional que obligaba á los hijos á seguir una carrera contraria á sus inclinaciones por complacer á sus padres.

Pasó despues á Valencia, donde permaneció algun tiempo, yendo finalmente á Barcelona y terminando allí sus estudios bajo la direccion del maestro Francisco de Escobar y los auspicios del canónigo y vicario general de aquel obispado don Francisco de Solsona. Restituyóse al cabo á su patria en 1549, no sin haber dado la vuelta antes por Salamanca, con el objeto de despedirse de sus maestros y amigos, volviéndose á representar en esta ocasion la *Locusta*, obra que habia él mismo traducido ya al idioma de Virgilio.—Recogió en estos viajes cuantas noticias pudo haber á las manos sobre diferentes asuntos y observó muy particularmente las costumbres del pueblo, cuyo estudio le parecia muy interesante, apartándose hasta cierto punto de la opinion que mas boga alcanzaba en aquella época entre los eruditos. Creia Mal-Lara que el estudio de la antigüedad podia prestar grande utilidad á las ciencias y á las artes y que la historia de los griegos y los romanos debia tenerse presente para sacar de ella profundas lecciones; y dolíase de que tan poco aprecio se hiciera en España de los estudios históricos, prorumpiendo en estas palabras. «Nosotros los españoles tenemos »en poco las hazañas de los nuestros y dejámoslas »escurecer y aun gran parte es el odio que hay entre »muchos, para que se cubran los grandes hechos.— »Lucio y Floro, aunque los abreviaran, no se ol»vidarian de ellas.»

Estuvo ausente de su patria por el espacio de diez años segun refiere en la Centuria I.ª, hablando de la magnificencia de Sevilla, y vuelto á esta ciudad famosa, se consagró á la enseñanza de la juventud, como expresa él mismo en estos términos: «Querer yo alabar la muy noble y muy leal ciudad »de Sevilla, á donde yo nací y donde me crié y co»mencé mis estudios de gramática latina y griega, »debajo la doctrina del muy honrado maestro Pedro »Fernandez, clérigo y presbítero, de cuya escuela sa»lieron tantos doctores y maestros como en Sevilla »hay, siendo padre de los buenos ingenios de esta »ínclita ciudad, de á donde estuve ausente *diez años*, »en universidades insignes, oyendo muy doctos maes»tros, á donde con gran deseo viví de volver á »ella y á donde resido, *sirviendo á mi patria con* »*lo que pude traer enseñándole sus hijos* con »toda la diligencia que yo puedo; no es razon que »tan sumariamente ponga por obra, temiendo ser »grande atrevimiento en un pequeño número de pa»labras comprender cosa tan grande.»—En los momentos que le dejaban libres tan penosas tareas, no abandonó Mal-Lara sus estudios, ni menos se olvidó de que ardia en sus venas el sagrado fuego de la poesía.—Escribió, pues, algunas comedias y tragedias, entre las cuales tuvieron singular aplauso *los Celosos y Absalon*; concluyó el poema de los *Trabajos de Hércules*, hizo varias églogas representables, siendo las mas aplaudidas las intituladas *Laura y Narciso*, y emprendió últimamente tres poemas llamados la *Sinforosa*, en el cual trató del martirio de los santos, *la Muerte de San Hermenegildo*, patron de Sevilla, y el *Martirio* de las santas Justa y Rufina, obra que trasladó tambien al latin en elegantes versos.—Aunque la mayor parte de estas producciones han desaparecido, quedándonos solamente algunos fragmentos y sus títulos, para conocer el estilo poético de Mal-Lara, parécenos conveniente el trasladar aquí las siguientes octavas de la *Sinforosa*, en que describiendo el incendio de una ciudad, pinta la piedad filial de esta manera:

Miran su padre y madre ya cansados,
sentarse en el umbral muy congojosos
no pudiendo huïr, del miedo atados,
y por la edad antigua perezosos.
Los hijos de piedad alta inflamados,
por salvar á los dos van presurosos:
el uno en la cabeza alza á su padre,
el otro puso en hombros á su madre.
Dejad las ricas joyas avarientos,
la presa que hicísteis para el fuego.
¿No veis los juveniles pensamientos
contrarios de vuestro ánimo tan ciego?
¡Qué ricos! ¡Cuán dichosos! ¡qué contentos
salen por las hogueras los dos luego!...
el padre y madre solo es la riqueza
que robaron los dos con gran destreza.
Por medio de las llamas encendidas
dando el fuego señal de conservallos
iban por las pisadas conocidas,
el calor aun no osando maltratallos.
Porque los via dignos de mil vidas
vergüenza grande tuvo de dañallos:
ó sublime piedad de alta ventura,
virtud para los hombres muy segura.

Pero si Mal-Lara se entregaba en sus ócios á tan gratas tareas, no olvidó tampoco lo que debia á sus discípulos y al ministerio que desempeñaba, consagrando sus vigilias á otra clase de obras de utilidad mas inmediata para aquellos.—Escribió con este designio una *Gramática Castellana*, teniendo la ortografía presente del maestro Alejo de Venegas, á quien elogia mucho en diferentes ocasiones; compuso un *Diálogo sobre la lengua española comparada con la griega*, diálogo que consultó con el maestro Francisco de Vergara, catedrático de griego en Alcalá de Henares; formó un erudito *Discurso sobre la lengua arábiga*, haciendo importantes observaciones sobre la literatura de los sarracenos; emprendió una obra filosófica con el título de *Peregrinacion de la vida*; hizo la descripcion de las fiestas con que en 1570 recibió á Felipe II la ciudad de Sevilla, fiestas dirigidas por el mismo Mal-Lara, y finalmente dió á luz la *Filosofía vulgar*, que es quizá la mejor de sus producciones y una de las mas interesantes obras de su tiempo.

Redúcese la *filosofía vulgar* á una explicacion de los mas importantes refranes castellanos, precedida de unos *preámbulos*, en los cuales se propone probar cuerdamente Mal-Lara que la primera forma de la filosofía ha sido constantemente y en todas las naciones la del *proloquio* ó del adagio, propiamente dicho. En efecto: despues de examinar la historia de la cultura, la historia de la civilizacion de los pueblos, despues de haber observado cómo se han ido desarrollando en su seno los elementos y los principios de las ciencias, pasando por tan diferentes aspectos hasta llegar á constituir un cuerpo respetable de verdades, que puedan sufrir sin detrimento el toque de la análisis, imposible nos parece el encontrar otras primitivas fórmulas á la filosofía, que no es en aquel estado mas que la suma de los principios de la moral de los pueblos, sometida á sus largas especulaciones y á sus buenos instintos.—Mal-Lara que habia logrado comprender esta verdad, demasiado luminosa tal vez para unos tiempos en que solo se respetaba y reconocia la filosofía de las aulas, con una conviccion profunda que contrastaba singularmente con su virtuosa modestia, acometió sin pretension alguna la difícil obra de explicar y ordenar la *filosofía del vulgo*, disculpando los defectos de su escrito con estas palabras dirigidas á sus lectores: «Sepan ser esta la primera mano de glosar en cas»tellano refranes y agradézcaseme el haber yo des»bastado la madera.»—Mal-Lara no fué, sin embargo, tan exacto como debia al hacer esta declaracion: ya en tiempo de don Juan II habia recopilado don Inigo Lopez de Mendoza algunos refranes, que se publicaron quince años antes que los del maestro Hernan Nuñez, con algunas glosas puestas por Mose Pedro Vallés, en la ciudad de Zaragoza. Pero el trabajo del humanista sevillano no deja por eso de ser menos estimable: nadie se habia atrevido como él á criticar las costumbres de su tiempo, nadie habia pensado en poner en ridículo los extravíos de un *caballerismo exagerado*, que no podia ya estar de acuerdo ni con el espíritu de la época, ni con la nueva Constitucion de la monarquía, y nadie en fin habia tenido valor bastante para satirizar el *ergotismo* de las universidades, que tantos y tan esclarecidos talentos habia ahogado bajo la balumba silogística. Sin presentarse Juan de Mal-Lara como el paladin de la reforma, lo cual hubiera valido tanto como romper las armas antes de entrar en el palenque, dejó caer de su erudita pluma las máximas saludables que debia á sus estudios, sembró dulcemente la crítica en toda su obra y llegó hasta usar de la sátira sin apercibirse de ello y sin que los lectores lo esperasen tampoco. Su lenguaje es sencillo, así como su estilo que no puede ser mas natural y adecuado al objeto que se habia propuesto. Para dar mas amenidad é interés á su obra, sembró en ella trozos de poesías, sac dos de los mas celebrados autores sus coetaneos, tradujo con admirable exactitud y elegancia multitud de pasajes de escritores griegos, hebreos y latinos y recurrió á la autoridad de los mas ilustres ingenios, para que sirviesen de apoyo á sus doctrinas. No nos parece fuera de propósito el trasladar á este sitio algunos de los epígramas que cita al explicar los refranes, propios unos y traducidos otros, como á continuacion veremos. Cuando en la Centuria VI llega al adagio: «Apaña suegro para quien te herede: manto de luto, corazon de nieve,» pone estos cuatro versos:

El llorar del heredero
risa es disimulada:
la cara es la disfrazada
y el corazon placentero.

Al explicar: «Despues que te erré, nunca mas te pensé» traduce el siguiente pasaje de la sátira VI de Juvenal, que ingiere en la epístola dirigida á Fabio Bartolomé Leonardo de Argensola:

Brava con el marido, como tigre,
de su mal sabidora, el gemir finge
contra sus hijos: que hay combleza inventa,
llora siempre con lagrimas que manan
en abundancia y siempre aparejadas
en su puesto, esperando que las llame.

Lástima es que en estos versos abunden tanto los asonantes, destruyendo en parte la armonía de su construccion. En el refran: «La que con muchos se casa á todos enfada» pone estas redondillas, traducidas del epigrama XVI del libro IX de Marcial:

Donde sus siete maridos
Cloe tiene sepultados,
para mostrar cuán amados
le fueron y cuán queridos,
ha mandado allí escribir
que ella les dió sepultura;
y escribió la verdad pura,
que ella les hizo morir.

Conocidas ya estas muestras de la versificacion de Mal-Lara en el género satírico, no será mal que expongamos algunas de otra especie.—En el refran «quien no entra en la mar, no sabe a Dios rogar» se halla la traduccion del salmo de David *Invoca me*, principiando de esta manera:

Llámame, pecador, en cualquier dia
que estés atribulado; yo prometo
librarte y lo terné por gloria mia.

Así traduce tambien la bellísima cancion de Petrarca que comienza «Vergine bella che di sol vestita.»

Vírgen clara que estás en sólio eterno,
estrella de este mar tempestuoso,
de todo fiel piloto cierto guía,
mira en cuán gran tormenta sin reposo
me hallo agora solo y sin gobierno
y cuán cerca me está la muerte mía.

Hemos dicho que Mal-Lara criticó en su filosofía vulgar las costumbres de su tiempo, satirizando el *ergotismo* de las universidades y poniendo en ridículo el espíritu caballeresco, que no estaba ya de acuerdo con las creencias y necesidades de su época; y todo esto necesita de algunas pruebas.—En el refran «hijos de ciudad á la soga del buey,» incluso en la Centuria VII, declama con la mayor vehemencia contra la inclinacion que manifestaban ya los jóvenes sevillanos á frecuentar el matadero. «Si quieren »saber (dice) dónde se han de hallar los hijos de mi »tierra y gran ciudad, no en estudios, no en iglesias, no en oficios honestos, no sirviendo á sus »padres y señores, no en escuelas, ni en otra cosa »mas que a la soga del buey, que tienen los carniceros atado al matadero.—Por esto, añade, que »si resucitára un viejo de aquellos tiempos en que »peleábamos con los moros á la puerta, dijera: *¿Qué »manera de hombres tan bárbaros viven en mi »tierra?...*» Aquí no pudo menos de perder Mal-Lara su natural templanza. La glosa del refran segundo de la Centuria X se dirige toda contra los que sin tener mas ciencia que haber asistido á la universidad por algun tiempo, defendido en ella unas lecciones que les habia dado algun amigo para que las tomasen de memoria y recibido en fin los grados de bachilleres en artes ó de licenciados, aprendiendo á *torcer los labios, manotear, descomedirse con los que argüian mejor que ellos, dar grandes voces* y despreciar las dificultades, se creian ya unos sabios, siendo muy sensible que estuviesen las escuelas infestadas de semejante plaga.—Del mismo modo escribe contra los que sin tener los honrosos títulos que sus antepasados, exigian que se les rindiera igual vasallaje, sin advertir que habia desaparecido ya su preponderancia y que se les habia escapado el poder de las manos.—Otra clase de personas existian en tiempo de Mal-Lara, á las cuales no podia ver sin irritarse.—Hablamos de los médicos. En todas las ocasiones que se le ofrecen se deja caer sobre los doctores de su tiempo quizá con una severidad exagerada, lo cual nos hace sospechar que habia recibido de ellos alguna grave ofensa ó que le habian matado algun pariente ó amigo, por falta de diligencia ó sobra de ignorancia. El mismo Mal-Lara llega á reparar en su acritud y para disculparse, dice en el refran décimooctavo de la Centuria X: «Diráme »alguno que por qué persigo esta manera de hombres, que se hacen médicos sin tener letras, cordura, esperiencia, edad, ni dineros con que dilatar las »curas?... Por que vá mucho en ello á la república; »que son gente que puede matar sin pena y sus pecados encubre la tierra.»—Respecto á este último punto preciso es confesar que no hemos hecho en el espacio de tres siglos grandes progresos.

Escribia Juan de Mal-Lara la *Filosofía vulgar* por los años de 1556, si bien habia empleado en reunir materiales mucho tiempo, siendo la obra que llamó mas seriamente su atencion desde su vuelta á Sevilla y queriendo dejar en ella un testimonio irrecusable de los grandes estudios que habia hecho tanto de los poetas y filósofos griegos y latinos, como de los italianos, franceses y españoles que se habian señalado hasta su época. Pero á pesar de que hizo gala en la *Filosofía* de una erudicion portentosa, no incurrió en el reprensible abuso de amontonar citas impertinentes, que tan comun se hizo en el siguiente siglo, dando al traste con las bellas letras y ahogando los mas aventajados talentos.—Mal-Lara supo usar de su erudicion con una oportunidad y parsimonia que demuestran su buen juicio, y si bien llegó á ser en algunos pasajes demasiado difuso, no por eso dejó de presentar con novedad sus doctrinas, explicando casi siempre con mucha felicidad el orígen de los refranes y su sentido moral, sin apartarse jamás de la buena crítica.—Por estas razones el libro de Mal-Lara, que ha llegado á hacerse bastante raro, es muy interesante bajo tan diferentes aspectos.—En él se encuentran resumidas las creencias religiosas y políticas del pueblo español bajo las primeras formas que recibieron al constituirse la monarquía; en él los aficionados á los estudios arqueológicos hallan importantes y curiosas descripciones de las costumbres de nuestros abuelos; los que se dedican al conocimiento de la historia pueden recoger multitud de hechos ignorados por los autores de mas nota; y finalmente los jóvenes entregados al cultivo de las humanidades, encuentran en este libro un curso de literatura antigua y moderna de tanto mas fácil acceso cuanto que está entretejido de halagüeñas y entretenidas historietas, que no pueden menos de cautivar el ánimo de los lectores.

Al terminar el exámen de esta obra, exámen que requeria tal vez mas ancho campo, no podemos pasar en silencio el apuntar que se ha atribuido á Juan de Mal-Lara por el docto Rodrigo Caro en sus *claros varones de Sevilla* un soneto, dedicado á Hugo Hels Frisio, por haber entretejido en un reloj las armas de la casa de Rojas: ni el lenguaje, ni otra alguna de las circunstancias del expresado soneto guardan la mas remota semejanza con el estilo y el lenguaje usado por el humanista sevillano en las composiciones que nosotros conocemos; pareciéndonos por estas razones que Rodrigo Caro padeció un error notable al atribuirle dicho soneto. Para que nuestros lectores puedan hacer por sí la comparacion, no nos parece descaminado el trasladarlo á este sitio. Dice así:

Febo la clara España contemplando
para mejor en ella declararse,
quiso por un artífice reglarse,
el cómo y cuándo dá su luz notando.
En las armas de Rojas reloj dando
hizo los signos, meses divulgarse
el calendario, santo celebrarse
las horas, dia y noche señalando.
Letra dominical, fiestas movibles,
elevacion del sol sobre horizonte
los puntos que d' eclíptica s' aparte.
Autor de las estrellas mas visibles
largura de una torre, pozo y monte
es Hugo Frisio quien escribió est'arte.

Nosotros confesamos ingenuamente que apenas entendemos palabra de todo el soneto.—Al dar á luz estos apuntes sobre un poeta, que tan distinguido puesto tiene en nuestra historia literaria, manifestando al par las fuentes de donde hemos sacado las noticias de su vida, hemos creido prestar un servicio, aunque pequeño, á la literatura de nuestro pais, dando los primeros pasos para llenar el vacío que acerca del maestro de los celebrados Francisco de Medina, D. Juan de Arguijo y otros poetas sevillanos, se advertia.—Juan de Mal-Lara era acreedor indudablemente á que se le sacase de la oscuridad, y nosotros damos por bien empleadas nuestras tareas, animados de la esperanza de que otras mas bien cortadas plumas se dedicarán con estos principios á ilustrar su vida, ya que su nombre es generalmente conocido y acatado. Ignórase cual fué el año en que murió; pero sábese que en 1580 habia pasado ya de esta vida, con grande sentimiento de sus amigos y discípulos.

Jose Amador de los Rios.

NOVELA.

DONDE LAS DAN LAS TOMAN.

Capitulo II.

Lo que de noche se hace de dia aparece.

—Sí señor; crítica era ya mi posicion; me veia precisado á enamorar á aquella mujer en quien veria siempre un obstáculo para dirigirme á su sobrina. Cuando la luz del sol permitió ver claramente los objetos, fijó en mí Carolina sus hermosos ojos y no pudo ocultar un movimiento de sorpresa al reconocerme. En vano procuré dos ó tres veces entablar una conversacion con ella: me respondia solo con monosílabos: tuve que renunciar por entonces á escuchar mas palabras de su boca. Sumergido en hondas reflexiones hubiera llegado al término de la jornada si una extraña observacion no me hubiese hecho estar sobre mí con toda la vigilancia de un Argos. Para responder á una pregunta que le dirigió su hermana de Vd. volvió la cabeza el mayoral y fijó sus ojos en Carolina que le respondió con una mirada de inteligencia.

—Caballero! va Vd. á suponer que mi hija..... educada en un colegio de Paris, al lado de las señoritas mas ilustres.....

—Sí, señor, Carolina tiene los sentimientos y la dignidad de una princesa; pero escuche Vd. nuestra historia.—Aquella mirada de inteligencia me recordó que cuando entré apresurado á tomar el billete de mi asiento, quiso oponerse el mayoral á que le expidiesen á mi favor, pretestando que una persona se le habia encargado. Estas dos circunstancias me helaron la sangre en las venas. El mayoral era un hombre como de 35 á 40 años, regordete, de una fisonomía desagradable, que se producia mucho peor que cuantos habia yo conocido de su clase en mis largos viajes. Digno rival, me decia yo á mí mismo. Las mujeres son caprichosas... observemos.—Cuando hicimos alto para comer, se acercó el zagal con un pájaro en la mano al pescante en donde todavía permanecia el mayoral y le habló en estos ó semejantes términos.

—Señor Paco, aquí tiene Vd. esta marica para sus chicos: la acabo de atrapar entre aquellas matas; qué contento se pondrá Juanito!

—Es verdad; para Juanito la guardaré, dijo el mayoral: es el que mas quiero.

—¡Cómo se parece á su mujer de Vd.! añadió el zagal.

—Este hombre es casado! exclamé yo para mí. Ella lo escucha con indiferencia: Dios mio! ¿si serán infundadas mis sospechas?—La presenté mi mano para bajar del coche y advertí que él no me quitaba ojo. Al responderme con agrado á una frase galante que le dirigí, me hizo volver la cabeza un graznido de la marica. El mayoral la acababa de estrujar entre sus manos. Comprendió Carolina la desesperacion de aquel hombre, porque palideció como la muerte y se apoyó en el brazo de su tia. Aparenté la mayor indiferencia y sin poder coordinar

mis ideas, entré en la pieza de comer y me senté en un rincon esperando ver el desenlace de tan extraños misterios. Mientras preparaban la comida pasaban los viajeros por delante sin advertirse ó sin hacer caso de mi abatimiento. Aunque sumergida mi cabeza entre mis manos, acerté á ver que Carolina se asomaba á la puerta y que despues de asegurarse de que no estaba yo de acecho, retrocedia con paso acelerado. Lancéme hácia la puerta con la velocidad del águila á tiempo que se cerraba otra puerta colocada en el fondo de un corredor que tenia en frente de mí.—¡Allí están! dije mordiéndome los lábios.

—Caballero ¿ha visto Vd. á mi sobrina? me preguntó la señora saliéndome al paso.

—¿Su sobrina de Vd., señora? por allí acaba de pasar, y la indiqué el lado opuesto de donde la habia visto dirigir.

—Gracias: no sé cómo ha desaparecido; se fué diciendo la buena señora.

Estaba yo ya casi á dos pasos de la puerta en donde suponia que habia entrado Carolina y todavia no escuchaba el metal de su voz. Acerquéme otro paso mas, puse mis ojos en la cerradura de la llave, y quedé estupefacto al verla al lado de aquel hombre que la miraba con ojos encendidos; ella le dirigia los suyos lánguidamente..... Por fin, despues de algunas palabras que no pude entender se quitó del cuello un medalloncito que yo inferí seria su retrato y lo puso en las manos de mi despreciable rival, que le acercó á sus labios con entusiasmo, repitiendo el dulce nombre de Carolina. Un ligero ruido les hizo temer que podrian ser descubiertos. La ví dirigirse hácia la puerta en donde la estupefaccion me habia dejado con los brazos cruzados, con la vista fija en el suelo, y con los labios entreabiertos.— Lanzó al verme un grito agudo que me hizo estremecer de pies á cabeza, y la ví palidecer, la ví temblar y arrimar su frente á la pared para sostenerse.

—Tranquilícese Vd. señorita; la dije con sarcasmo; ¿qué motivo hay aquí para tanto asombro, ni qué derecho tengo yo adquirido sobre Vd.? ademas Vd. estaba sola en ese cuarto, enteramente sola. ¿Lo ve Vd.? añadí dando una fuerte patada á la puerta. Mi rival acababa de saltar por una ventana.

—¿Carolina? Carolina? gritó su tia dirigiéndose á nosotros ¿dónde te metes? ¿dónde estabas? y este caballerito... pero qué tienes? qué tiene Vd., caballero? Tú estas pálida; Vd. tiene el semblante descompuesto, señorita ¿quiere Vd. decirme?... cuidado, Carolina, que este caballerito me parece muy atrevido.

La buena señora aludia á nuestros apretones de manos. Carolina trató de disculparse lo mejor que pudo y se dirigió al comedor apoyada en el brazo de su tia. Anegada mi alma de tristeza al contemplar de lleno tan triste realidad, no acertaba á tomar una resolucion definitiva, vacilaba á cada paso combatido por mil ideas siniestras: ¿atravesaria el corazon de mi rival? no; antes era preciso arrancar la máscara á aquella mujer hipócrita y falsa, á aquella mujer que adoraba con un respeto indefinible. Mi corazon no se lo habia dicho; asimismo todavía, mis labios tampoco lo habian articulado y, á pesar de todo, no podia existir sin verla, sin escucharla. Cuando sus ojos se fijaban en los mios me revelaban en su mudo lenguaje tanta expresion y tanta ternura... ¿Qué capricho estravagante la arrastraba á corresponder á un hombre de tan repugnantes circunstancias?..... Mi cabeza se perdia en conjeturas. En vez de dirigirme á la pieza de comer, atravesé un patio que habia que pasar para entrar en la cocina, en donde esperaba ver á mi rival. Efectivamente le encontré sentado á la mesa con el zagal y otras dos ó tres personas de su clase.

—Hola! caballerito, le estaba esperando á Vd. y ya se me hacia que tardaba: Vd. vendrá, como si lo viera, á desafiarme, me añadió acercando sus labios á mi oido.

—A eso vengo, le respondí.

—Pues entonces, ya que entre Vds. se acostumbra que elija armas el desafiado.... quio dicir.... en fin yo no huyo mi cara á naide; pero estoy pensando que no sé cómo podremos despacharnos, porque lo que es armas no sé yo dónde.....

—Si Vd. tuviese honor.... le dije lanzándole una mirada de desprecio.

—¡Voto á brios! exclamó montado en cólera: ¿piensa Vd. que entre los hombres de mi clase no puede haber honradez y....

—En ese caso, y supuesto que nos faltan armas, decida la suerte cuál de los dos ha de arrojarse desde aquel precipicio.

—No tengo inconveniente.

—Pero Vd. tiene una esposa. Vd. tiene hijos.

—Les sobra pan para vivir si yo muero.

—Pero ¿Vd. ama á Carolina, ella le corresponde á Vd.?

—Creo que no es Vd. sordo, ni ciego.

—Salgamos, le interrumpí con rabia, dando algunos pasos hácia la puerta; pero viendo que se habia quedado en el mismo sitio volví la cabeza y observé que acababa de coger con disimulo un papelito que vino volando á sus pies. Por mas ligereza que empleó para guardarlo en su pecho, todavía tuve tiempo para arrebatárselo de las manos; y para leer estas palabras escritas con lapiz: «Si Vd. muere, quizá no pueda yo sobrevivirle. Renunciad á ese desafio: esta será la mayor prueba que podreis darme de vuestro amor.»

—¿Para quién es este papel?

—Apenas tiene Vd. amor propio? ¿Puede Vd. sospechar que Carolina se dirija á Vd. en esos términos?

—¡Ea! aquí no deben mediar mas palabras, le dije dirigiéndome á la puerta; pero en aquel momento se acercaron á nosotros algunos viajeros diciendo al mayoral que habia transcurrido un cuarto de hora desde que debia haber enganchado.

—¿Lo oye Vd.? me dijo al oido, ahora no puede ser, no nos faltará esta noche ocasion para rompernos la cabeza.

A los pocos minutos empezamos á subir en el coche. Carolina instaba á su tia para que se sentase en un rincon en donde podria recostarse y estar con mas comodidad puesto que se sentia algo indispuesta, y ya que este caballero, añadió, es tan atento, no tendrá inconveniente en ceder á Vd. su puesto; yo me sentaré al lado de Vd., es decir, en medio de Vds. dos.

—En cuanto á ceder mi puesto, señorita, repuse yo con frialdad, perdóneme Vd. que le diga que no puedo complacerla.

Aunque en la nueva colocacion me tocaba quedar á su lado no vacilé en responderla de aquel modo faltando á las reglas de la buena educacion y renunciando á lo que algunas horas antes hubiera sido mi mayor ventura. La tia que debiera haberse ofendido de mi brusca y poco cortés contestacion la interpretó á su favor y creyó ver en ella un interés por mi parte en permanecer á su lado, pues me dirigió una mirada llena de fuego y asomó á sus labios una sonrisa que revelaba la satisfaccion de su alma. En cuanto á Carolina mostróse resignada y serena y subió en el coche despues que yo, apoyada en el brazo del

mayoral que se presentó en el estribo riendo irónicamente de mi rabieta.

Cáteme Vd. aquí segunda vez metido en aquellas estrechuras, al lado de una mujer á quien no podia mirar con indiferencia á pesar de los misteriosos amores que sin duda constituian su felicidad. Sumergióse Carolina en su asiento y cubrió casi toda su cabeza con una pañoleta de pieles que llevaba sobre sus hombros; pero no pudo ocultar una lágrima que rodó por sus pálidas mejillas.

—¡Pérfida! exclamé sin poderme contener.

—¡Pérfida! quién es la pérfida? preguntó su tia.

—Perdone Vd., señora, me estaba acordando de una jóven á quien amé y de quien he recibido un amargo desengaño.

—Parece que no le debemos á Vd. muy buen concepto.

—Perdóneme Vd. si le digo que no se equivoca. La mayor parte de las mujeres son falsas, inconstantes, caprichosas, ¡caprichosas! Ah! eso lo son en alto grado; y lo peor de todo es que no basta la educacion á corregir en ellas este defecto. Hay jóvenes tan bien educadas como pudiera estarlo una princesa, y á quienes ni la nobleza de sus sentimientos, ni á veces un genio melindroso y descontentadizo es bastante á inclinarlas á amar á un hombre que corresponda á su clase y circunstancias.

—Pero bien, caballero, debe Vd. ser mas indulgente con el bello sexo, porque la debilidad de nuestro carácter....

—Yo, señora, perdonaria á la mujer que no pudiendo resistir los impulsos de su corazon, se lo entregaba todo entero á un hombre que no mereciese ni aun servirla de lacayo; pero si correspondiendo á este hombre alimentaba, ni aun con una mirada, las esperanzas de otro, entonces.... la mataria.

—¡Vaya! que es Vd. fuerte de carácter, pero ese caso que Vd. pone por ejemplo me parece á mí que nunca llegará á suceder, porque cuando una persona de elevada clase se enamora de otra persona que no corresponde á la suya, es prueba que todo su corazon está interesado por ella, y por consiguiente cuando el corazon ama de veras.... ni tampoco creo yo que esto último suceda muchas veces; una mujer se enamora....

—Una mujer se enamora de cualquiera; una mujer, una señorita se enamora de un cochero, de ese mayoral que ve Vd. ahí sentado, de....

—Vaya! vaya! pues no oyes, Carolina, en qué concepto nos tiene á todas este caballero? y al volverse á su sobrina se la encontró pálida, desencajada y con la boca entreabierta escuchando nuestras palabras.

Al mismo tiempo volvió la cabeza el mayoral, y con una mirada fascinadora la hizo colorar sus mejillas como por encanto; con asombro de la buena tia que quedó cortada trasluciendo en aquel incidente algun extraño misterio, ó quizá adivinando lo que pasaba en el alma de Carolina.

—Caballero, ¿podrá Vd. aclararme este enigma? ¡Carolina! ¡si fuese posible!.... decia asombrada la buena señora.

Mirábanos el mayoral como á hurtadillas y como satisfecho de su triunfo; trinaba de coraje la buena tia, mesábame yo los cabellos de despecho y estaba á punto de romper los cristales que me separaban de mi rival para abalanzarme á él, cuando entonó éste con armoniosa voz la siguiente cancion:

Mi padre me da de palos
Porque quiero á un granadero,
Y al son de los palos digo,
Vivan las gorras de pelo.

Esta letra popular venia de molde á la situacion de Carolina que la escuchaba como extasiada. Ya no

quedó ninguna duda á su tia, ni á mí esperanza de calmar el vértigo que dominaba mi cabeza hasta que traspasase el corazon del mas feliz de los amantes, que adivinando mi posicion miróme con diabólica sonrisa y volvió á cantar con la mayor impasibilidad:

Ten paciencia y no te arañes,
Ni me rechines los dientes;
Mira que voy á decir,
Perro que ladra no muerde.

Avergonzóme el consejo de mi enemigo y le seguí por entonces procurando calmar mi rabia hasta mejor ocasion, y resignándome á esperarla en aquel potro de tormento. Carolina y su tia hablaban sumamente bajo de modo que no podia entenderles una palabra, si bien al fin de su dialogo advertí que esta última se habia tranquilizado algun tanto. De cuando en cuando se encontraban mis ojos con los del mayoral, que como adivinando mis deseos redoblaba los latigazos y las voces, haciéndome esperar que llegaríamos al término de la jornada una ó dos horas antes que de costumbre.

Capitulo III.

Con un palmo de narices.

Así me lo presumí, pero el camino estaba cubierto de nieve y no era mucho lo que adelantábamos. Al fin serian como las nueve de la noche cuando entramos en el parador en donde acercándose á mí el mayoral me dijo en voz baja.

—¿Cuándo ha de ser?

—Dé Vd. órden para que bajen mi equipaje, le respondí.

—Ola! ¿se queda Vd. en este pueblo? pues entonces nos quedamos los dos; porque aunque ese coche sigue todavía algunas jornadas, es á cargo de otro mayoral: yo no paso nunca de este pueblo.

—Nadie le pide á Vd. tantas satisfacciones.

—Quiero decir, caballero, que supuesto que nos quedamos, podemos hacer las cosas con algun sosiego. Yo tengo que evacuar algunos negocios con el administrador establecido en este punto, tengo que dar al otro mayoral algunos encargos que me hicieron en Madrid, tengo que recoger mi poco de equipaje; en fin, si Vd. no tiene priesa espéreme hasta las doce ó la una de la madrugada, y si no mejor será que aguardemos á que sea de dia, y así podrá ponerse en salvo el que quede con vida. Yo por Vd. lo digo, que lo que es por mí tengo bien reconocido el terreno y me será muy fácil ponerme á salvo.

Otra cosa: Si á Vd. no le parece mal buscaré un caballo que vendrá con nosotros al sitio en que riñamos para que se largue en él..... Vd. que será sin duda el que tenga mas suerte.

—Bien, disponga Vd. las cosas como quiera.

—Pues no se hable mas: dentro de un rato se encontrará Vd. el equipaje en su cuarto. Supongo que tendrá Vd. pistolas?

—Las tengo.

—Pues cargue Vd. una hasta la boca, y agarrados de las manos.... ¡pum!

—Aquí le agurdo á Vd., le contesté con frialdad abriendo la puerta de mi cuarto. Dí órden para que nadie entrase, excepto el mozo que me trajese el equipaje, y dejéme caer sobre el lecho, buscando en el sueño la tranquilidad que habia perdido, y que no encontraba medio de recobrar. Quédeme á poco rato tan profundamente dormido que solo disperté á las atronadoras voces de una criada que entró diciendo

si pensaba dormir hasta el dia del juicio. El sol entraba hasta la cabecera de mi cama.

—¿Y el mayoral? pregunté á aquella buena mujer.

—¡Ola! conoce Vd. al mayoral; pero á cuál de ellos, ¿al que se ha vuelto loco?

—¡Cómo! ¿se ha vuelto loco?

—Sí señor, el que vino ayer en la diligencia de Madrid, el tio Paco creo que le llama el zagal.

—Qué dice Vd. buena mujer? ¿ese hombre se ha vuelto loco?

—Digo, y de veras. Anoche le dió por comprar todas las caballerías mayores que habia en el pueblo. Compró el jaco del tio Tomate, la mula de la tia Pintá y otros dos jacos, y otras dos yeguas, y despues ajustó las mulas del tiro que trajo ayer, y que á las pobrecitas las tocaba descansar hasta pasado mañana. En buen apuro dicen que se verá el empresario para traer otras á tiempo; pero ya se ve, se las pagaba por doble de lo que valen, y daba el oro á puñados sin reparar en nada. Hasta allí todavía no le creíamos loco; pero el maldito de Dios despues de preguntar cuarenta veces si habia en el pueblo mas caballerías mayores, fué y las ató una tras otra como si dijéramos en una ristra, y á la una de la noche con un grís que se chupaba una los dedos, se encaminó con ellas hácia el altito que se ve desde aquí. Detrás de aquel altito hay una barranca muy grande; pues señor, llega mi hombre á la orilla del despeñadero, y me va tirando una á una toicas las caballerías, que llegaron abajo hechas harina.

—¡Cosa mas particular! exclamé fuera de mí; ¿pero dónde está ese hombre?

—Sí, búsquele Vd.

—¡Cómo! ¿no está en el pueblo?

—¿En el pueblo? en el pueblo, entró diciendo el posadero? si se ha marchado en la diligencia. Tomó el billete de berlina que Vd. dejó, y desde las dos de la madrugada echó á rodar por ese mundo.

—¡Demonios del infierno!

—Caballerito, ¿por qué se tira Vd. de los pelos? ¿está Vd. loco tambien? pues mire Vd. que es apetecible la compañía del tal mayoral, nuevo en esta carrera por mas señas.

—Venga un caballo, venga un caballo.

—¿Caballo? pues si despeñó todas las caballerías.

—¡Maldicion! ¡rayo!! centellas!!! ¿Todas las caballerías? no señor, no han sido todas; le ha faltado una, una repetia yo rechinando los dientes.

—¿Que le ha faltado una? no lo creo yo así.

—Pues sí señor, le faltó una.

—¡Cómo! dice Vd. eso con cierto retintin..... á que es una indirecta? ¿lo dice Vd. por mí, caballerito?

—No, señor, lo digo por mí.

—¡Alabado sea Dios!

—Dígame Vd., buen hombre, responda Vd. á mis preguntas. ¿El mayoral se metió en la diligencia?

—En el mismo sitio que ocupaba Vd., entre dos señoras. Vaya que la una, la mas moza, valia cualquier cosa, y parece que se conocian, porque se hablaban así..... El mayoral la decia al oido no sé qué cosa y ella no hacia mas que sonreir.

—Dígame Vd., buen hombre, ¿qué senda conduce mas pronto al barranco en donde se despeñaron las caballerías?

—¡Caballerito! ¿para qué quiere Vd. saber?....

—Para tirarme de cabeza.

—¡Jesus, María y José!

Aquí llegaba de su historia el enamorado mozalvete cuando una voz bronca que llegó á sus oidos le hizo enmudecer de repente, aplicar el dedo índice á los labios, y escuchar con el mayor asombro á la persona que hablaba inmediato á la puerta que le se paraba de Carolina.

—¡El es! ¡él es! exclamó por fin.

—¿Pero quién es?

—El mayoral, el amante de Carolina.

—¡Vive Cristo! exclamó el buen viejo abalanzándose á la puerta, que abrió de par en par de un empujon, ¡vive Cristo! pero ¡qué miro! señor don Enrique.....

—¡Qué veo! exclamó Ricardo tambien, caballero, dijo á un jóven que se hallaba á la inmediacion de la puerta ¿es Vd. el que hablaba hace un momento?

—Sí, señor; yo soy el que hablaba.

—Esa es su voz; pero ¿qué transformacion es esta, ¿es Vd. el mayoral?

—¡Calla! Vd. es el caballerito á quien jugué

—Y á quien Vd. burló impunemente, teniendo la cobardía de alejarse de mí.

—¡Toma! pues si no me hubiese alejado de Vd., entonces no habia caso. El asunto era irme repanchigado en el asiento de Vd., al lado de mi bella Carolina. Ya sabia yo que en adelante me sobrarian ocasiones para demostrar á Vd. que sé portarme como un caballero.

—En eso no hará Vd. sino corresponder á su nacimiento, añadió el maestro; pero, señor don Enrique, este jóven me estaba diciendo que Vd. iba de mayoral de una diligencia.

—Este jóven tiene mucha razon. Ya sabrá Vd. la parte que tuve en los acontecimientos políticos del año 1841. Ellos me obligaron á salir de España en donde soy tan conocido. Para verificarlo me valí de aquel disfraz y supe tomar tales y tantas medidas que no hubo una sola persona que descubriese el secreto que me llevó hasta el territorio francés. En cuanto á haber encontrado á Carolina en el mismo carruaje que yo dirigia fué una casualidad tan feliz para mí cuanto que el único sentimiento que me agobiaba era el de ausentarme sin poderla decir á Dios; porque ha de saber Vd. sino lo ha adivinado ya, que yo amo á Carolina desde que la suerte me proporcionó la dicha de verla.

—Todo eso está muy bien; pero acabo de encontrar el retrato de mi hija en el pecho de este caballerito; y esto me indica que Carolina.....

—Eso no indica nada, ¿quiere Vd. que refiera por qué medios obtuvo este caballerito ese retrato?

—¡Ah! Vd. lo sabe? exclamó Ricardo; si fuese Vd....

—¿Me dá Vd. permiso para referirlo?...

—Yo lo exijo, porque yo debo saber todos los pasos que dá mi hija: no saldrán Vds. de aquí sin que yo lo sepa *ce* por *be*, ¡voto vá! llevar entretenidos á dos hombres á la vez, esa es una accion imperdonable que le ha de costar muy caro á mi hija.

—En cuanto á dos, no me atreveré yo á decir otro tanto, dijo don Enrique; no porque este caballero se haya empeñado en enamorar á Carolina, se ha de suponer que ella le corresponde Ninguna prueba tiene para suponerlo.

—¿Pues entonces, caballerito, añadió el viejo, no se empeñe Vd. en quebrarnos la cabeza. A la legua se conoce cuando una mujer nos tiene alguna inclinacion, y por lo que Vd. me ha referido no veo yo mas que razones para ser de la misma opinion que don Enrique, y si Vd. quiere voy mas allá todavía; quiero decir, que hasta creo que mi hija se está burlando completamente de Vd. ¿No me ha dicho Vd. que cuando subia en la diligencia apoyada en el brazo de este caballero, despues de haberle jugado aquella pieza, se iba Carolina riendo? pues, ¿qué mujer se rie al ver burlado al objeto de su amor?

—¡Ah! con que el señor sabe que Carolina se iba riendo de la burla, pues entonces ya son dos veces las que la ha visto reir cuando él estaba en el caso de pegarse un tiro. Aludo al dia en que adquirió esos retratos que causan á Vd. tanta curiosidad. Supongase Vd. que gracias al lance de las caballerías se vió libre Carolina de este importuno apasionado, pues aunque suponemos que siguió á la diligencia, nosotros llegamos á Paris donde permanecimos un año sin tener el disgusto de verle. Regresó Carolina á Madrid, apartándose de mi lado con la esperanza de que pronto nos veríamos, lo que desgraciadamente no se verificó hasta el año pasado en que un cambio político me trajo á Madrid, donde averigüé que su esposa de Vd. acompañada de su hija habia ido á Trillo á pasar el verano. Emprendí mi viaje sin pérdida de momento, ví á Carolina mas hermosa que nunca, pasé ocho dias á su lado que fueron los mas felices de mi vida. Ni ella ni yo nos volvimos á acordar de este caballero

un paseo por entre unos árboles situados á la espalda de la casa que habitaba Carolina. No bien habia andado cuatro pasos me llamó la atencion un hombre que sin reparar en mí se iba acercando á la ventana por donde yo solia hablarla alguna vez. Reconocí al punto á este caballero y sin titubear un solo momento me dirigí á él animado de una idea diabólica. Habia que pasar para llegar á la ventana por la misma orilla de un estanque bastante profundo que rebosaba hasta sus bordes de un agua sucia y espesísima á causa del mucho cieno que parecia depositado allí por largos años; pues como iba diciendo, al tiempo que pasaba por la misma orillita me acerco de puntillas y arrimando mi hombro al suyo, ¡zas! empujo así como quien no hace nada, y fué el señor á dar un barquinazo en medio del cenagoso estanque.

—Si no respetase la casa en que estoy yo probaria á Vd. aquí mismo, dijo Ricardo entre corrido y confuso, yo probaria á Vd. que no es caballero el que se porta así con su enemigo.

—Se equivoca Vd. mucho, caballerito, repuso el viejo; el señor don Enrique sabe muy bien con espada en mano deshacerse de sus contrarios; pero ese genio que tiene tan propenso á chasquear y..... ¡Ah! si se nos olvidaba lo mejor, ¿cómo llegaron á sus manos esos retratos?

—Diré á Vd., continuó diciendo don Enrique; al recibir este caballero el empuje de mi hombro sintió que le faltaba la tierra y como era natural trató de asirse á cualquier objeto, yo era el único que se le presentaba mas á mano, así es que tendió su derecha hácia mi pecho con la misma violencia que pudiera haberlo hecho un leon. Afortunadamente solo pudo agarrar ese medallon que yo llevaba colgado de mi cuello y que momentos antes habia sacado de entre la camisa y el chaleco olvidándoseme el guardarlo, embebido en la idea de zambullir en el estanque á mi peco temible rival. En el instante en que éste faltándole todo punto de apoyo se vió braceando en el aire, para caer de cabeza en el lodo, se asomó Carolina á su ventana y soltó una carcajada que el señor conoció perfectamente, pues le ví hacer un gesto y morderse los labios con la mayor desesperacion.

—Crea Vd., señor don Enrique, que me disgusta sobremanera el que mi hija prorumpiese en una carcajada al ver en peligro de ahogarse á un semejante suyo.

—Nada prueba eso en contra de sus buenos sentimientos. No hallará Vd. una sola persona que al ver que otra tropieza y cae rodando por el suelo, no se sienta movida por la risa antes que por el deseo de socorrer al caido. Efectivamente, Carolina riendo todavía de las cabriolas del señor, dió un grito agudo al verle sumergido hasta los talones en aquel inmundo lodazal, de donde le sacaron con harto trabajo algunos lugareños que acudieron á socorrerle. En cuanto á nosotros al dia siguiente que era el señalado para regresar á Madrid, nos pusimos en marcha, despues de informarnos del estado de mejoría del enfermo; Carolina no habia conocido á este caballero y yo tuve la precaucion de no decirle quién era, pues siempre hubiera sido un mérito mas el que acababa de contraer por verla. Pero vea Vd., lo que mas me ha sorprendido de todo, es el encontrarme ahora aquí con este caballero despues de haber transcurrido un año desde la última aventura, y si he de decir la verdad, lo que mas me pasma todavía es el empeño de enamorar á una persona que ni ha pensado en él una sola vez, ni en la mas leve apariencia le ha demostrado que puede esperar el ser correspondido.

—Tiene razon el señor don Enrique, caballerito, Vd. por lo que acaba de referirme no ha hablado una sola vez con mi hija, ella no le ha dado la menor prueba de afecto, y por otra parte la ve Vd. en correspondencia con don Enrique

ó yo me he de borrar el nombre que tengo. ¡Voto va! no en vano observaba yo que Carolina tenia algun pesar oculto que la atormentaba á todas horas. Si lo tengo dicho muchas veces; no hay mas que casarlas para verlas contentas. Señor don Enrique, ya daré yo las órdenes para que no vuelva Vd. á poner los pies en mi casa hasta que como Dios manda se encamine Vd. con su pretension á mi persona; y en cuanto á este caballero yo le prohibo tambien que ni de palabra ni por escrito se dirija por tercera vez á Carolina supuesto que en mas de dos ocasiones ha podido ver que ella no le corresponde, si es que no se está divirtiendo con él. ¡Ea! ya he perdido dos horas de trabajo: con permiso de Vds. voy á continuarle. ¡Ah! pero ahora que recuerdo, Vds. van á promover un escándalo que va á recaer sobre el honor de mi hija. Caballeros, ¿me dan Vds. palabra de no batirse? Señor don Ricardo, Vd. es un jóven apreciable y á quien sentiria que sucediese una desgracia. Oiga Vd.; le añadió el viejo en voz baja separándose con él á un lado. Mire Vd. que don Enrique maneja todas las armas á las mil maravillas, mire Vd. que va á inventar alguna jugarreta en que quedará Vd. tan deslucido como anteriormente, mire Vd....

—No se canse Vd. en aconsejarme, le respondió Ricardo secamente; mi honor ofendido me manda exigir una satisfaccion á ese hombre; ademas, el amor de Carolina.....

—¡De Carolina! cuidado que está Vd. empalagoso con el amor de Carolina; pero ¿qué pruebas tiene Vd. para creer que ella se acuerda del santo de su nombre? Hágame Vd. ver en qué funda sus esperanzas y entonces yo mismo le animaré para que no desista de su empeño.

—A eso mismo me comprometo yo, añadió Enrique, que habia estado atento á las últimas palabras del viejo; que nos diga este caballero en qué apoya su pretension, y ese empeño de perseguirla en todas partes. El mismo confiesa que no la ha hablado una sola vez de sus amores, que no ha tenido la mas corta esplicacion con ella: en fin que me convenza de que trasluce alguna esperanza y bajo mi palabra de honor renuncio desde ahora mismo á la mano de Carolina; pero entiéndase que no ha de salirnos con que ella le mira de este ó de tal otro modo; porque, amiguito, si Vd. va á esperar en las miradas de las mujeres, no dejará de quedar lucido. En este siglo de cálculo y positivismo nada quieren decir las miradas, ni aun las palabras, y si me apura Vd. mucho, todavia debemos desconfiar de las obras; con que así, ó Vd. alega en su favor razones de algun peso, ó habremos de convenir en que es Vd. estremadamente novel en esto de enamorar.

Embarazosa y casi ridícula iba siendo la posicion de Ricardo, quien, si hemos de decir la verdad, no tenia grandes motivos para creer que Carolina le profesase algun amor, antes mas bien le demostraba la experiencia que ella habia querido divertirse á su costa, proporcionando á su favorecido amante ocasiones en que satisfacer aquella maldita inclinacion de chasquear á cualquiera, aunque fuese á pique de romperle una pierna ó de estrangularle.

Encontrábase el pobre muchacho sobradamente desairado entre aquellos dos hombres que le miraban de soslayo de cuando en cuando y se sonreian con marcada ironía. Dotado de una imaginacion de fuego, á par que de un corazon sensible y generoso, no habia podido resistir á las primeras miradas de Carolina que le hicieron entrever una felicidad suprema: ¿qué le importaban las apariencias? Siempre que se encontraban sus ojos, creia leer en los de aquella mujer celestial una esperanza que llenaba su cabeza de ilusiones, y una idea inexplicable que le reconciliaba con ella.

Aquella muda correspondencia equivalia á todas do la esperaba con delirio, pero aun cuando Carolina le dijese: te amo, ¿podia él unir su corazon al de una mujer veleidosa, y capaz de ver con la sonrisa en los labios las pesadas burlas de que habia sido víctima por ella? No; Ricardo solo podria amarla, siendo pura y estando adornada de los mas nobles sentimientos. Mil imposibles le salian al encuentro á cada paso, y á pesar de ellos, todavía se dejaba arrastrar en pos de sus doradas ilusiones. Reasumió sus ideas lo mejor que le fue posible, y afectando la mayor serenidad, pronunció con voz firme estas palabras:

—Señores, les dijo; casi han hecho Vds. que me convenza de mi terquedad. Desisto de mis pretensiones por ahora, y con permiso de Vds. me retiro. Aguardo á Vd. en la calle, le añadió á Enrique en voz baja; y haciendo una ligera cortesía bajó por la escalera tarareando el allegro de cierta ária en cierta ópera.

No bien habria llegado al primer tramo, cuando le hicieron volver la cabeza las pisadas de Enrique que bajaba saltando los escalones de cuatro en cuatro.

—Vd. creeria esperarme mucho tiempo, pues amigo, se equivocó Vd. de medio á medio, en tratándose de andar á estocadas, soy el primero que llego al sitio, y á veces el primero que las doy.

Ricardo no le contestó una sola palabra. Al llegar al portal aceptó el brazo que le presentó Enrique, y á los pocos pasos desembocaron en la calle de la Montera, donde conversando, al parecer amigablemente, se perdieron entre la confusion.

(*Continuará.*)

M. J. Diana.

RECUERDOS DE VIAJE.

Artículo II.

El Bocal.—Ligera reseña histórica del canal de Aragon.—Ojeada sobre Tudela.

Sin duda al leer alguno los títulos que anteceden, creerá que en este ligero bosquejo van á describirse detalladamente los mil objetos dignos de ser admirados que en aquellos lugares se encuentran. Sin duda se imaginará que el autor de estos mal compaginados renglones, cuando tan atrevidamente los da al público con el pomposo epígrafe de *Recuerdos de Viaje*, hará una reseña circunstanciada de las preciosidades artísticas que ha admirado, por la cual pueda venirse en conocimiento del mérito que poseen; y que, al visitar esos sitios teatro de mil acontecimientos notables, tanto en las edades pasadas como en la presente, se detendrá á meditar en la memoria de los que fueron para lamentarse de las miserias de los que son. Pero el que tal cosa imagine se engaña mucho, y yo en ello soy quizás el que mas pierde; pues si tales esperanzas se ven defraudadas no bien nacidas, no será culpa de mi buen deseo, que lo tengo bueno de acertar en todo y de dar al sufridísimo prójimo que tenga la paciencia de leerme, en vez de la escoria que puedo brindarle oro quilatado, puro y sin liga que lo desvalore. Aquí pues no le presento mas que el eco de las impresiones que me ha causado la vista de esos lugares: y si la poca lozanía de mi ingenio no puede hermosear lo que otro tan fácilmente embelleceria, perdóneme en gracia de la franqueza con que confieso mi nulidad, el no ofrecerle mas apetitosos manjares.

Los españoles, cuando viajan, son (como se ha dicho en uno de los números anteriores de este periódico) tan escrupulosos que ni hablan nunca de lo que no entienden, ni á veces se atreven á dar de puro azul y de una riquísima naturaleza, se dejan arrebatar del entusiasmo y paran en abultar los objetos: todavía les sobra buena fé para no calumniar á nadie y algun sentido comun para no desvariar tan fútilmente como lo hacen muchos escritores calificados de allende los Pirineos. Y estampo aquí esta justicia, debida á mis caros compatriotas (aunque en tal sitio pudiera atribuirse á sobra de engreimiento), porque me precio no solo de español sino de andaluz y deseo desmentir la fama que nos hace á todos exagerados y mentirosos. Cerremos pues el preámbulo, y tomemos el hilo que quedó suelto al fin del artículo anterior.

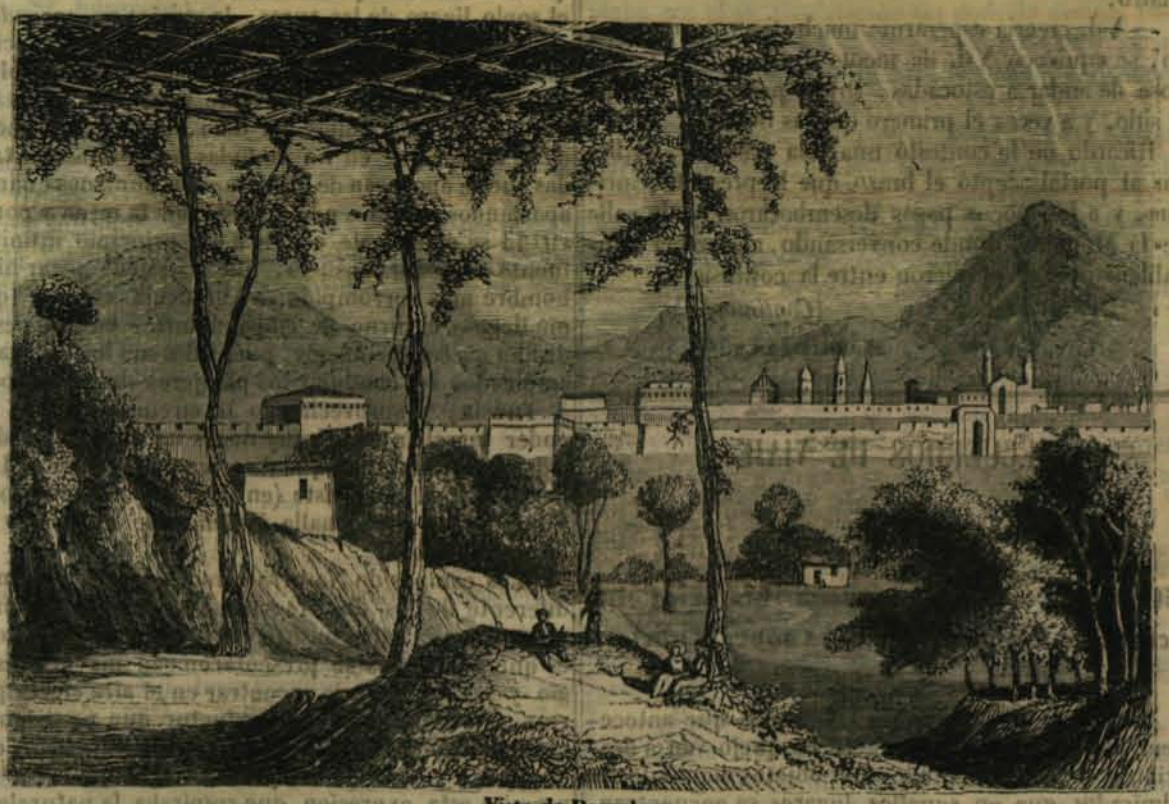
Eran las siete de la mañana, dije, cuando llegamos al Bocal. Los rayos abrasadores del sol de estío empezaban á hacernos ver que, aunque nos acercábamos hácia el norte, estábamos en España afortunadamente; y solo templaba el ya picante calor una fresca brisa que se mecia entre las hojas de los frondosos árboles, formando al agitarlas ligeramente el delicioso murmullo de mil apasionados suspiros. Ninguno de esos estrepitosos ruidos que se perciben al entrar en las grandes poblaciones, vino á turbar la calma solemne, la apacible tranquilidad que reinaba en aquellas dilatadísimas alamedas; y el soplo ligero de las auras, la música *no aprendida* de las aves y la completa armonía de la creacion me preocuparon de tal modo que me hicieron olvidar de las terribles escenas que pocos dias antes habia presenciado, hijas del odio, de la intolerancia, de la ambicion, en fin de todas las pasiones bastardas que se apoderan de los corazones humanos cuando apartándose de la senda trazada por la razon y por la virtud se olvidan de acudir á ese principio infinito, fuente de todo consuelo, que no puede negar ni el hombre mas corrompido.—Allí debia esperar que me llegase el turno de empaquetarme en un pesadísimo *quebranta-huesos*, pues tales son los carruajes empleados en conducir los pasajeros desde el Bocal á Tudela; y aprovechando la circunstancia de no poder marchar hasta muy dadas las once, me decidí á visitar la *presa* que da orígen á los canales Imperial y Real de Tauste (en territorio del señorío de Fontellas) y que se halla á menos de un cuarto de hora del Bocal.

Los campos de Navarra ofrecen un aspecto muy diferente de los de Aragon. Yo no podré decir á punto fijo en qué consiste esa diferencia; pero ello es que á mis ojos se presentaron con mayor prestigio y que me parecia encontrar en el aire cierta pureza, cierto *no se qué* tan seductor que predisponia el espíritu á embriagarse con los olores silvestres, con la soledad y el silencio, y con la candidez, si se me permite esta expresion, que respiraba la naturaleza. Su rica vegetacion me trajo á la memoria la de mi querida Andalucía; y el esmerado cultivo de las tierras hablaba no poco en favor de la laboriosidad de aquellos sencillos labradores. En mi excursion seguí siempre por la orilla del canal y solo encontré alguno que otro pastor apacentando su ganado, mientras llegaba el instante de recogerlo en las *bordas* (cabañas) que tanto abundan en los montes de Navarra. Por fin despues de algunos rodeos, y de luchar con los enlazados ramajes que obstruian casi del todo mi estrechísimo camino, llegué á la vista del Ebro y quedé agradablemente sorprendido al contemplar aquellas grandiosas obras. Justo será pues que se haga mencion aquí de la época en que tuvo orígen el canal y de las personas que fueron parte á la prosecucion de este monumento (único casi en España) de unos dias de mayor gloria y de mas alta ventura para nuestro infortunado pais.

Deseando el emperador Cárlos V aumentar la poblacion y el tráfico de las provincias de Navarra, Cataluña, Aragon y Valencia, mandó en el año de 1528 que se sacasen en ellas regadíos, ordenando al mismo tiempo abrir la acequia, bautizada desde entonces con el título de Canal Imperial. Para este fin dispuso que Mosen Pedro Zapata, prior del Santo Sepulcro en la antigua Bilbilis de los romanos, concertase con los jurados de Zaragoza los medios de poner en práctica una tan magnífica idea; y estos, valiéndose de los propios y arbitrios que á la ciudad

que se hallaba en Zaragoza, la prosiguiese de cuenta suya, cosa en que don Cárlos vino; y en 1538 se suspendieron los trabajos que hasta entonces se habian seguido sin interrupcion. Desde esta época nada volvió á hacerse hasta que el rey Felipe II mandó venir de Milan en 1566 á Juan Francisco Sittoni, ingeniero de gran nota, para que efectuase un reconocimiento en la Acequia Imperial y tratase en lo posible de perfeccionarla; pero esta órden fué tan poco fecunda en resultados positivos, cuanto que hasta el año de 1770, y bajo el reinado del gran Cárlos III, de feliz recordacion, no volvió á emprenderse trabajo alguno. Débese pues á las buenas disposiciones del conde de Aranda (en cuyo tiempo se dió principio á la *presa* que hoy existe mas arriba de la hecha en los del emperador Cárlos V), al nombramiento de don Ramon Pignatelli, canónigo de Zaragoza (por cuya direccion se llevaron á cabo todas las grandes obras que hoy nos admiran), al desinterés del rey y al teson de su ministro Florida-Blanca, el que posea nuestra nacion un monumento tan beneficioso para aquellas provincias que le deben en no pequeña parte su fertilidad.

La *presa* tiene ciento diez y ocho toesas de largo y diez y siete de ancho; y la preciosa cascada en que el caudaloso Ebro se precipita, el espléndido arbolado que engalana sus riberas, y la sencilla pero magnífica y elegante *Casa de Compuertas*, que parece desafiar las encontradas corrientes del rio, arrebatándole gran parte de su caudal, forman uno de los paisajes mas deliciosos que hallarse pueden. Gracias á la galantería de las personas encargadas de custodiar este edificio, pude penetrar en el magnífico salon desde donde se manejan las máquinas y desde el cual pueden maleconarse muy bien interior y exteriormente las puertas que dan el paso á las aguas, evitando todo peligro aun en las avenidas de mas consideracion. Y allí, al escuchar el ruido de las olas contrariadas que chocan en aquellos muros, me figuré ver al hombre luchando con los elementos y dominándolos; preso en el dédalo impenetrable de la ciencia y desgarrando sus arcanos al influjo de otra Ariadna: perdido en los espacios sin límites de lo infinito y rigiendo el curso de los inmensos orbes que ruedan en el vacío: me lo figuré en fin la obra mas perfecta de la creacion y exclamé con Descartes lleno de gozo: *Yo soy, pues yo pienso*: yo soy pues tengo en mi mismo la idea de



Vista de Pamplona.

el Dios sabio y omnipotente que me ha creado: yo soy porque no he recibido esta idea de los sentidos puesto que no cuento con el poder suficiente para disminuir ó engrandecer cosa alguna; y esta idea, innata en mi propio sér, es el sello con que el Sumo Artífice ha querido señalar la mas completa de las obras que ha producido. ¡Cuán grande, cuán sublime es el espíritu humano cuando se levanta en alas de la virtud á la esfera de la inmortalidad, en medio de los campos y á vista de las grandes obras con que ha sabido cambiar el rumbo de la misma naturaleza!!

A mi vuelta al Bocal visité la ya inútil y descuidada acequia de Cárlos V. Junto á ella se eleva una casita sencilla y de no mal gusto á que dan el nombre de *palacio* los naturales, sin que tenga de tal otra cosa mas que el glorioso escudo del emperador, colocado de relieve en medio de su frontispicio. Hállase sin embargo en una situacion muy pintoresca, pues da por la espalda al rio que lame los murallones en que está asentada, y por el frente se oculta casi entre los frondosos árboles que la rodean y que desde la orilla del canal forman varias y espesas calles llenas de flores, que convidan á gozar en el verano con la sombra de sus boscajes y con los cantos de los ruiseñores que en ellos tienen sus nidos.

Héme pues entrando en la ciudad de Tudela, despues de cinco cuartos de hora de una especie de maceramiento intolerable en los que solo ha podido gozar la vista con la risueña perspectiva de Fontellas y las frondosidades de todo el terreno, y pronto á olvidar lo asendereado y traqueteado de mi pobre cuerpo para correr á la iglesia catedral, cuya portada es notable por mas de un título. Si he de ser franco en esta ocasion, (y yo de serlo me precio), como no tuve en Tudela ningun guia que sirviéndome de *cicerone* me enterase de una porcion de cosas que ignoraba, me sucede que todavía las ignoro ni mas ni menos que entonces. Es la primera cosa que no he sabido, el tiempo en que se fundó la catedral: la segunda quién fué el pio varon que costeó su fábrica; y la tercera cuál ó cuáles los arquitectos que la construyeron. Pero como no es fácil adivinar las dos últimas, diré que la iglesia y el claustro son bizantinos sin duda alguna; que atribuyéndose la fundacion de la capilla de san Dionís á don Sancho el Fuerte, la de toda la iglesia debe ser mucho mas antigua; y que esta fué erigida en catedral sufragánea de Burgos el año de 1783 por bula de la santidad de Pio VI. La portada es quizás el monumento mas bien conservado que de su género hay en España. Fórmanla una serie de columnas pareadas y medio empotradas en la pared cuyos capiteles están compuestos de graciosas combinaciones de animales raros y fabulosos. Desde columna á columna, y formando una especie de pequeñas arcadas, hay varios casetones á manera de doselillos, de muy delicadas labores, entre los cuales se ven grupos de escultura del gusto ya referido, que representan en un lado los vicios, y las virtudes en otro, mezclados con algunos pasajes del Viejo Testamento. Todas estas esculturas se encuentran bien conservadas y el efecto que producen es muy notable, tanto por la originalidad de sus aplanadas formas cuanto por su feliz desempeño. Bájase á la iglesia por una escalinata de mármol y la decoracion general del templo, tambien bizantino, agrada por su sencillez y buen gusto. La primera cosa que llama la atencion de los que visitan esta preciosa basílica es la magnífica silleria del coro, de nogal, y del mas esquisito gusto gótico; pero con tales y tan prolijos adornos, con tan delicadas entalladuras y con tan valientes y aéreas agujas de filigrana, que parece imposible haber podido labrar en la madera tan complicados y perfectos dibujos. En las capillas hay pocas cosas notables; sin embargo, en algunas se ven preciosas tablas de igual manera, aunque anteriores, que las del tiempo de Alberto Durero. En el altar mayor se custodian trozos de las cadenas arrancadas al Miramamolin en la batalla de las Navas de Tolosa; y las llaves del castillo de Oran, en una de las capillas laterales. Pero en la de los Montesas es donde existe el verdadero tesoro que en escultura posee este santuario; tesoro que acaso cuente muy pocos rivales en España y que se conserva casi intacto, gracias á hallarse escondido y cubierto de polvo en un rincon donde apenas fijan su vista los naturales: hablo del magnífico sepulcro gótico de Mosen Francés de Villaespesa y de su consorte. Mas de cien figuras de una tercia de alto adornan este hermosísimo monumento y su conjunto es tan rico, tan esbelto, de formas tan graciosas y delicadas que ni hay descripcion que llegue á dar una idea de él, ni encarecimiento por muy subido que sea que baste á rayar en los términos de la justicia. En medio del elegante mausoleo y debajo de un dosel, mas de finísimo encaje que de mármol, se hallan recostadas en recamados almohadones y apoyando sus pies en un perro dormido, emblema de la fidelidad, las estatuas de los dos esposos; y la inscripcion que en letras góticas hay junto á ellas es la siguiente:

«Aqui yace el muy onorable sennior Mosen Francés de Villaesspesa, doctor, cabalero et chanceller de Navarra que finó el dia XXI del mes de Jenero del anio de la natividat de *ztmzxpo* mil cccc et XXIIII anios: rogad á *ztmzxpo*, por él.»

«Aqui yace la muy onorable duenya dona Isabel de Ulue mugyer del dco Mosen Francés la cual finó en el XXIII dia del mes de nobiebre del anio de la natividat de *ztmzxpo*, mil cccc et diceccho: rogad á *ztmzxpo*, por ella.»

Siento á par de mi alma no haber podido rastrear el nombre del autor de tan perfecta maravilla, que, á saberlo, cosa fuera mas de entallarlo en oro y en mármoles que de legarlo á una perecedera hoja de papel. Desde la iglesia pasé á visitar el claustro tambien bizantino pero ya muy deteriorado y cubierto en los espacios de las columnas de tabiques enjabelgados que es cosa de ver. Algunos capiteles merecen no obstante un exámen detenido por la gracia del dibujo y por la perfeccion del cincel. En este claustro hay, en una especie de nicho y sobre cuatro pedazos informes de columnas, una urna de mas de dos varas de longitud y de tosquísima apariencia. Esta urna es conocida con el nombre de *sepulcro de doña Urraca*. Y en el mismo lienzo de pared está la puerta de la capilla de san Dionís que tiene una preciosa ventana de columnitas á la manera de los ajimeces moruños. Vista la catedral, los demas templos de Tudela poco ó nada ofrecen á la admiracion del viajero; y una de las primeras cosas de que se va á disfrutar particularmente en verano es de las hermosas alamedas que sirven de paseos á las orillas del Ebro, y de la preciosa perspectiva que ofrece el puente de piedra, de diez y siete arcos y de mas de cuatrocientas varas de largo. Como Tudela está sentada en el ángulo que forman los rios Ebro y Queyles, y como estos hacen muy feraz todo el terreno que baña, resulta que los alrededores de esta poblacion son por todas partes risueños, que los pastos mas saludables abundan en sus cercanías, y que sus rios la surten de las mas sabrosas anguilas; razon por la cual la parte animal puede en ella desarrollarse, al paso que las bellas y encantadoras perspectivas que la rodean hablan y no poco á la imaginacion y al entendimiento. Una mañana, á los dos dias de mi permanencia en esta ciudad, salí decidido á visitar *la Mejana*, extension de terreno feracísimo que se dilata por la orilla izquierda del rio; nuevo jardin de las Hespérides que brinda los frutos mas sazo-

nados que es posible apetecer. Para llenar en un punto dos objetos, emprendí mi marcha á poco de amanecido, con el fin de visitar las ruinas del castillo en que se estaban haciendo escavaciones. La ascension no es muy suave; pero todo lo compensa el panorama que se descubre desde las alturas del montecillo. Lo primero que se encuentra á la subida, y del lado de la ciudad, es un gracioso torreon bizantino, con dos preciosas ventanas adornadas de esbeltas columnas con caprichosos capiteles: luego se ven los espesos muros ya descubiertos en muy gran parte, de la antigua fortaleza; y por ellos se baja á un *silo* perfectamente conservado. Desde lo alto se descubre el Ebro tendido magestuosamente en la vega, y coronado de verdura en ambas orillas. Los rayos del sol rielando en su pacíficas ondas las siembran de la mas pura y brillante argentería; y la bruma imperceptible que de su lecho se levanta semeja un velo de gasa que envuelve todos los objetos, que desvanece sus contornos, que los idealiza, y que se pierde como el suspiro de un alma triste entre las azuladas nieblas del horizonte. La Mejana con su multitud de casitas blancas medio ocultas entre los bosquecillos de frutales, con su variedad de matizados colores y con los

Una posada en Aragon.

perfumes de las flores que la hermosean, parece una sultana tendida á lo largo del rio y muellemente arrullada por el suave murmurio de las apacibles ondas. A lo lejos y cerrando el fondo de este dilatado pais, se

Templo del Pilar en Zaragoza.

descubre un magnífico palacio de multiplicados ventanajes, el cual parece que brota del mismo rio para que en él se celebren las fiestas que alegran los alcázares de las ondinas. Nada falta á este cuadro formado por el Supremo Hacedor; y es tanto mas dulce el encanto de tan pródiga naturaleza cuanto que el aspecto interior de la ciudad promete muy poco: las calles son estrechas, las casas incómodas y mal distribuidas generalmente, y el ornato exterior de los edificios triste y descarnado como ninguno. Estas contras están sin embargo compensadas con la amabilidad de los habitantes, y aunque el pueblo participa aun algo de la altanera ferocidad que es el distintivo de una gran parte de los aragoneses, tiene como aquellos buen fondo y es bastante trabajador. Una de las pasiones dominantes de los navarros es la del vino; pero logran la fórtuna de no ponerse ébrios aun cuando lo beban en gran cantidad. Tanto en Tudela como en Pamplona sucede que á veces pasa uno por algunas calles en las que se oye un ruido de voces casi comparable al de una asonada, y esos ruidos indican que está próximo algun despacho de vino; pues allí los hombres se reunen en cuadrillas de mas de treinta, todos armados de sus cazuelas pequeñas vidriadas; y por su turno van cogiendo el néctar de aquella nueva Castalia en donde beben el agua de la salud y de la consolacion. Tudela celebra una feria en el mes de julio; y algunos dias de los mas notables se glorifican con magníficas corridas de toros á que son no poco aficionados los navarros: allí es ver las rozagantes *mocetas* al lado de sus idolatrados *mocetes*, mas limpias y almidonadas que cama de novios en primera noche de bodas; allí es ver los lazos con que se adornan las boinas y los sombreros; allí los anchísimos pantalones de pana verde que, en señal de gran gala, salen acompañados de la chaqueta de lo mismo con botoncillos dorados, y del pañuelo encarnado y pajizo con que aquellos guapos mocetones se adornan la cabeza. Allí es ver, cuando se reunen muchos de este jaez en un tendido, imitar un campo de jaramagos y de amapolas: y á todo esto ningun corro de cuatro ó cinco va desprovisto no ya de una gran bota de mostagan sino de uno ó dos pellejos muy bien henchidos, y de medio carnero asado, con otras leves menudencias por este estilo. La plaza de toros es muy regular, espaciosa y bien distribuida, y se halla situada entre el Ebro y el camino del Bocal, en un sitio muy ameno y con ventanas desde las que se alcanzan vistas en extremo pintorescas. La feria tiene poco de notable: y aunque asiste á ella mucha gente de Zaragoza y de las poblaciones vecinas, todavía es inferior en mucho á la de Pamplona y á otras que he tenido ocasion de observar en diversas poblaciones de la Península. Tudela ha sido siempre ciudad muy renombrada y teatro de grandes acontecimientos. Sin admitir la cándida opinion del analista de Navarra Moret, que remontó su fundacion nada menos que á Tubal, dando márgen á que se escribiese el célebre libro intitulado «Bodoque,» —el catálogo de hombres notables que la ilustraron durante el periodo de la dominacion sarracena, bastaria para concederle el título de aventajada en la civilizacion. Son entre estos los mas dignos de mencionarse, en el siglo XII el célebre poeta Abú Isaac Abrahim; el Rabino Benjamin Ben Jonah, autor de un itinerario hebreo traducido al latin por Arias Montano aunque fabuloso: en el XIII Abdulabas Altholtili, poeta; Pedro Fernandez á quien mandó el rey don Teobaldo I coleccionar todos los privilegios y reales cartas espedidas por los reyes sus predecesores (lo cual puso por obra en 1236, y mandó, concluido, al archivo del tribunal de Comptos, con el título de *Cartulario del rey don Teobaldo*) en el XIV, Sem Tobben R. Izchag

Sephrot, famoso médico, filósofo y talmudista: en el XVI el sabio astrónomo Tornamira y otros muchos. En la guerra de la independencia y en la última guerra civil, Tudela ha sido teatro de mil acontecimientos notables que ya pertenecen á la jurisdiccion de la historia; y yo, sintiendo haber hecho un trabajo tan diminuto, por falta de noticias y por la precipitacion con que me vi precisado á recorrer sus monumentos, me despido de la ciudad de los vergeles, de la favorita del Ebro, para emprender mi camino á la antigua córte del que fué reino en otra época; donde una feria mas animada y unas fiestas mas divertidas me están brindando algunos ratos de placer y de satisfaccion. Apresuraréme pues á gozarlos, ya que no son tan frecuentes en nuestra vida; y ¡ojalá pudiera decir con la tranquilidad y la indiferencia de Anacreonte!:

«Yo curo que mi barba
esté de olores llena;
yo curo en lindas rosas
ornar mi cabellera.
De hoy tan solo me curo
gozando lo que pueda:
¿quién ve lo de mañana?
¿quién sabe lo que espera?»

MANUEL CAÑETE.

BOLETIN BIBLIOGRAFICO.

HISTORIA DEL CONSULADO Y DEL IMPERIO DE NAPOLEON, *por M. Thiers: traducida, corregida y aumentada por* DON ANTONIO ALCALA GALIANO. Con 60 magníficos grabados en acero: 10 tomos en 8.º mayor. Se acaba de repartir en Madrid el tomo 3.º y la segunda entrega de láminas.—Se suscribe en las librerías de Boix, calle de Carretas; y en la de los señores viuda de Calleja é hijos.—SERMONES pronunciados en la iglesia de NUESTRA SEÑORA DE PARIS por el R. P. ENRIQUE DOMINGO DE LACORDAIRE del órden de Predicadores, traducidos bajo la direccion del presbítero DON JUAN GONZALEZ. Se ha repartido ya el quinto sermon. Se suscribe en las ya citadas librerías de Boix y de Calleja.

Aunque nos proponemos hablar detenidamente de la *Historia del Consulado y del Imperio*, que acaba de publicar M. Thiers, como una obra que tanto se roza con acontecimientos de nuestro pais, queremos que á nuestro humilde juicio preceda el de otros escritores extranjeros, y en especial, de los mismos compatriotas del autor, dejando nuestras reflexiones propias para cuando una atenta lectura de toda la obra nos haya puesto en el caso de poder apreciar su mérito, y de hacer observar á nuestros lectores el singular interés que tiene para los españoles. Por hoy insertaremos á continuacion lo que acerca de esta historia dice la *Revista Británica* en su número de 29 de marzo anterior.

«. . . . . Pero la gloria de Napoleon, este recuerdo nacional que se confunde con la gloria de Francia, ha visto precisamente nacer en este mes memorable los primeros volúmenes de una obra destinada á perpetuarse en nuestra literatura como el mas bello monumento que puede erigirse á la memoria del Cónsul y del Emperador. Daremos á conocer en la *Revista Británica* los juicios de la crítica inglesa acerca de la historia publicada por M. Thiers, pero permítasenos espresar hoy algunas de nuestras propias impresiones, las que nos inspira una primera y rápida lectura. Desde luego, refiriéndonos á la forma, felicitamos á M. Thiers por haber conocido que la grandeza del asunto se adapta maravillosamente á la sencillez del estilo. Ha procedido como aquellos artistas de buena escuela que juzgan innecesario recargar con adornos y ropajes una figura noble; anuncia terminantemente sus simpatías y cuando se muestra reservado lo hace con claridad, con breves sentencias, sin intentar estraviar ni entusiasmar al lector apelando á artificios oratorios. Cuando su admiracion se manifiesta, es con franqueza, pero con la templanza de un filósofo; cuando se ve en la precision de acriminar una accion mala, lo hace con una indignacion tranquila y exenta de declamacion. En fin, cuando elevándose sobre todas las grandezas humanas y refiriendo los prodigios producidos por el génio y el valor, nos hace conocer á hombres que la antigüedad hubiera colocado en la categoría de sus héroes mitológicos, M. Thiers descubre la mano de la Providencia que dirige á los reyes y á los pueblos, á los capitanes y á los soldados. No es devoto, es racionalmente religioso. No sabemos si esto es antiguo ó moderno, si M. Thiers prefirió un modelo á otro; pero despues de tantas relaciones, enfáticas éstas, vulgares aquellas, esta es la historia verdadera, este es el libro que debe popularizar á Napoleon segun las tradiciones del gusto nacional, un libro que ciertamente no parecerá ni frio ni demasiado raciocinador á sus admiradores esclusivos; pero que será aceptado por aquellos mismos cuyos oidos aun no están del todo estinguidos, como un libro escrito con buena fe, en el que se halla toda la imparcialidad que puede exigirse al historiador; *ne quid falsi dicere audeat, ne quid veri non audeat.*

»Los amigos de M. Thiers no esperaban menos de un hombre tan eminente, á quien los negocios públicos han madurado sin envejecerlo. Antes de empezar la lectura de la *Historia del Consulado y del Imperio*, es preciso leer de nuevo, al menos las últimas páginas, la conclusion de la *Historia de la Revolucion*, y se advertirá que el historiador de la primera de estas dos épocas habia trazado en su mente, quince años hace, todas las bases sobre que estriba esta clara y luminosa apreciacion de la segunda. Se traduce aun en lo poco que en apariencia contiene su admiracion hácia el Cónsul, que no dejará sin reserva su aprobacion al emperador. Varias veces se ha acusado al historiador de la revolucion, de dar culto al dogma de la fatalidad, pero nada mas injusto que esto; hombre de estado ya en el porvenir, cuando aun militaba en las filas de los partidos, M. Thiers ha hecho parte de las necesidades políticas; la monarquía y la república han necesitado de él; ha conocido el papel impuesto á cada uno, por sus tendencias naturales, pero, ¿ha desertado nunca de la causa de esta moral pública que bajo el nombre de filosofía ó de religion, debe protestar por los labios del historiador, contra la razon de estado, ó la conciencia preocupada de los partidos? No, en ningun caso, bien haya espresado en la libertad de su opinion la reprobacion ó solo el disgusto. Tal es hasta el final, la moral que dicta en esta nueva obra los juicios de M. Thiers, y sus comentarios políticos acerca de la dictadura consular é imperial. Admiramos especialmente en estos dos primeros tomos, la rectitud é imparcialidad del historiador, á las que nos abandonamos con entera confianza. ¿Seria este sentimiento tan libre y franco como lo esperimentamos, si no hubiese á favor de esta grande obra, mas que la ventaja tan celebrada y real en efecto que tuvo el autor de reunir tantos documentos inéditos, tantos datos secretos, tantas correspondencias oficiales, tantas memorias auténticas? Unimos con mucho gusto esta alabanza, si lo es para un hombre de estado á las que hace algunos dias han sido prodigadas á M. Thiers. Su nueva historia le conquistará corazones aun entre aquellos, que en la política activa pelean bajo banderas diferentes de la suya. Nuestro siglo ha sido testigo de grandes cosas, pero tambien ha sufrido tristes decepciones; ha colocado sobre el pedestal de la gloria á hombres de elevado genio, pero algunos han sido acusados de gran charlatanismo. Disipadas las ilusiones y al fin precavida nuestra generacion, se goza con nuevo placer de esta obra producto de una inteligencia privilegiada y de un estadista, sencillo en la forma, concienzudo en el pensamiento, claro en su estilo y recto en sus intenciones. ¡Cuántas inspiraciones elocuentes tienen, por otra parte, esta razon y criterio! Los que crean que adulamos á M. Thiers ministro ayer, ó á M. Thiers ministro mañana, lean su obra, y le ensalzarán con un desinterés igual al nuestro.

»Los dos primeros tomos de la *Historia del Consulado y del Imperio* conducen los acontecimientos hasta el mes de abril de 1801. Comprenden, pues, la organizacion política del nuevo poder, y la narracion de aquellas campañas que hicieron conocer á los extranjeros la supremacía militar de Francia, mientras que se restablecia el órden en el interior, por la sabiduría del gobierno. M. Thiers nuafiza con la destreza de un hombre acostumbrado á dirigir los negocios, todos los pormenores de la administracion interior, ya reasumiéndolos ya esplicándolos con bastante estension, y siempre con aquella precision que hace patentes las materias mas oscuras. Esta es la parte didáctica de la obra, y sin embargo interesa á la imaginacion. Pero cuando se presenta un nombre nuevo ó muy conocido, bastan entonces algunas pinceladas á M. Thiers para poner en relieve los actores del drama épico que va á representarse en Europa en un periodo de quince años. Estos personajes han desempeñado algunas veces un papel tan importante al lado de Napoleon, que M. Thiers da mas dimensiones á sus retratos; tan cierto es que el historiador escoge galas entre todos los géneros de literatura, que á veces se ve el estilo de La-Bruyere, de Saint Simon, de Moliére, en la especie de galería en que Fouché, Talleyrand y Cambaceres vienen sucesivamente á colocarse á nuestra vista. Estos tres retratos son obras acabadas. Sabido es que M. Thiers ha hecho un estudio profundo de la estrategia; el olor de la pólvora no le incomoda, sigue sobre los mapas con la mirada de Napoleon ó de Moreau, todos los movimientos de una victoria ó de una retirada, y los describe como si hubiera sido testigo ocular. Leyéndole, el lector se cree á su vez casi un Polibio ó un Josuini; tan á fondo se penetra de las combinaciones de ese juego fatal y sublime en que se ganan y pierden imperios. Estos dos tomos nos hacen asistir al sitio de Génova, á las batallas de Marengo, de Hohenlinden y de Heliópolis. Los diarios han espuesto algunos de estos brillantes cuadros. Los citaríamos aquí, porque es muy grato repetir nombres como los de Desaix, de Lannes, de Massena, de Kleber, y de otros tantos que por fortuna pueden aun esperimentar un noble orgullo, viéndose á la cabeza de sus soldados electrizados con la magia de palabras enérgicas. Pero solo queremos pagar nuestra deuda como franceses, al libro en que se depositan para llegar hasta la mas remota posteridad, los nombres de la nueva nobleza francesa. El programa de nuestra Revista nos guiará, como hemos dicho, á un nuevo estudio de la *Historia del Consulado y del Imperio.*» (1)

Por proporcionar el señor Boix á los suscritores de esta historia que la adquieran al mismo tiempo y en los mismos periodos que se publica en Paris el original, habrá tenido que hacer un sacrificio de no pequeña consideracion. La edicion que publica se distingue por un lujo tipográfico, pues nada se ha omitido para que corresponda á la importancia de su objeto y al nombre ilustre del historiador. Las láminas, de cuyo mérito han podido ya juzgar los suscritores, son magníficas por la delicadeza del grabado y por el esmero con que están tiradas. Respecto de la version española, nos basta decir, que la inspeccion y correccion de ella está confiada á un literato tan distinguido como el señor Galiano. Su nombre solo nos asegura la correccion del lenguaje, la pureza de la frase, lo castizo de las sentencias, y aquel colorido y aquella dignidad histórica, que corresponden á la hermosa locucion de la obra original y á las muestras que el señor Galiano nos da actualmente en su historia de España.

—Los primeros *sermones* que tuvimos el gusto de leer del célebre dominico Lacordaire fueron los dos primeros que insertó en sus columnas el *Clamor Público*, y nos admiraron por la fuerza de su razon, por el fuego de sus palabras, y por la profundidad de sus pensamientos. Pero al mismo tiempo se hallaban tan plagados de erratas tipográficas, conocidamente del periódico, que en muchos lugares era muy

(1) ¿Cómo apreciará la prensa inglesa, particularmente la moderacion con que M. Thiers habla de la política de Inglaterra? El *Atheneum* del dia 22 que hoy llega á nuestras manos, no teme suponer equivocado á M. Pitt, cuando prometiéndose dictar las condiciones de la paz antes de la batalla de Marengo, hizo dar una contestacion tan dura al primer Cónsul. M. Thiers hace noblemente justicia á los dos mayores enemigos del nombre francés, á Pitt y Nelson. Hemos tenido la curiosidad de comparar su narracion de la batalla de Copenhague, con la de Southey en la vida del gran almirante de Inglaterra. Esta vida de Nelson es tambien una obra maestra en su género. La descripcion naturalmente concisa de M. Thiers, tiene todo el colorido y la animacion de la narracion circunstanciada de Southey. Estos dos historiadores, tienen ademas de esto muchas dotes comunes en el estilo.

difícil ó imposible descubrir el sentido de la frase, resultando algunas incongruentes y monstruosas. Entre varias, podemos citar en este momento porque no la hemos olvidado, una que nos causó suma gracia. «¡Quién podrá *concebir* un sacerdote!...» Se decia en idénticos ó semejantes términos en uno de los dos espresados sermones. Esto sin duda debe atribuirse á la precipitacion con que se hacen en los periódicos diarios los trabajos tipográficos. Y estamos seguros de que en los que van publicados bajo la direccion del señor Gonzalez y que todavia no hemos tenido ocasion de examinar, no se hallará ninguna incorreccion notable, que pueda deslustrar ó algun tanto afear tan escelente coleccion de *sermones*. El escritor que dirige esta traducion no podria descuidar nada que contribuyese á hacerla mas estimable y preciosa. Los dos primeros sermones versan sobre los principios del catolicismo, y sobre la armonia entre el sacerdocio y el imperio. El elocuente predicador tiene el don singular de hacer fácilmente comprensibles y de poner al alcance de una regular inteligencia las cuestiones mas profundas de nuestra creencia y del derecho eclesiástico. Su voz es el eco de un íntimo convencimiento, y como parte desde el corazon, lleva á sus oyentes ó á sus lectores á una completa persuasion. Sus palabras dominan, por un ascendiente irresistible, la razon y los afectos. Deseamos ver otros sermones sobre asuntos de diferente género, como panegíricos, morales, etc. A pesar de la diferencia que hay entre los discursos hablados y los discursos escritos, no es posible desconocer en estos últimos la singular *uncion* del predicador. Otros predicadores franceses se han distinguido por su brillante imaginacion, por la sublimidad de sus pensamientos, ó por la hermosura y gallardía de una elocucion verdaderamente académica. El P. Lacordaire se distingue por la severidad de sus palabras, por los esfuerzos de su razon, y por una elocuencia apostólica, y que puede calificarse como la propia y especial de un misionero.

La dignidad que exige la naturaleza de los asuntos de que el predicador se ocupa, y el calor que es propio del convencimiento íntimo, de la caridad y del celo por la salvacion de las almas, se combinan de un modo admirable en estos sermones: en esto se funda el principal mérito de ellos; pues de la oportunidad con que están elegidos los asuntos de los dos primeros sermones, no podemos juzgar, no conociendo suficientemente, ni la ocasion de dichos sermones, ni al público ó auditorio ante quien los predicó el ilustre dominico. Asuntos de semejante naturaleza quizá no serian oportunos, ni bien escogidos ante un público como el español íntimamente adicto á los principios del catolicismo: quizá el concurso que ordinariamente asiste en nuestro pais á los sermones, requeriria que la materia estuviese tratada con mas dilucidacion y difusion, y que, por decirlo asi, se acomodasen mas á su inteligencia: para una reunion de personas doctas bastarian las razones del elocuente P. Lacordaire; pero no podemos considerar asi en España, ni aun quizá en Francia á las personas devotas y piadosas, que en lo general forman el ordinario auditorio de nuestros predicadores. Si pues los dos sermones que nos referimos, se predicaron ante un concurso compuesto de los principales personajes de la córte, y que tal vez corresponderian á diferentes comuniones, entonces no podemos menos de reconocer la oportunidad de su argumento. Fuera de este caso, cualquiera comprenderá que ni en Paris puede considerarse al pueblo en general en estado de comprender en toda su fuerza las profundas razones del predicador. Los sermones se dirigen al pueblo, y en ellos se propone el orador sagrado la utilidad de este. ¿Qué utilidad puede hallar cuando concisamente se le tratan cuestiones tan elevadas y cuya aplicacion á la práctica no comprende desde luego? Esto nos hace recordar un magnífico sermon que oimos hace algunos años á un elocuente predicador que se propuso probar que «las desgracias de las naciones no deben atribuirse á los defectos de sus constituciones, ni á la destemplanza de sus príncipes sino á castigo del Señor por los pecados públicos.» Nosotros y varios amigos que habian concurrido atraidos por la justa celebridad del orador, nos mirábamos unos á otros, llenos de admiracion de la sabiduría y elocuencia con que el predicador desempeñaba su argumento; pero volviendo la vista hácia el público, solo distinguíamos cuatro viejas que dormian ó que suspiraban cuando el predicador esforzaba la voz.

No sabemos qué secreto misterioso hay en los sermones, que ni la escritura ni la imprenta pueden reproducir el efecto asombroso de muchos de ellos que han llenado de admiracion al auditorio, al que el predicador ha penetrado íntimamente de sus convicciones y de sus afectos. Hemos oido á diferentes personas que oyeron al venerable capuchino Fr. Diego de Cádiz; leian algunos de sus mejores sermones que se conservaban manuscritos, y les parecian cosa muy diversa que los sermones que oyeron de los labios del predicador. Aquellos sermones, verdaderamente improvisados, de nuestros grandes misioneros, de nuestros varones apostólicos, podrán no resistir, escritos, al análisis literario; pero el efecto que producian en su auditorio, efecto que las mas veces no se limitaba á emociones pasajeras, sino que cambiaba absolutamente los sentimientos y las ideas de numerosos oyentes, es una prueba que abona su mérito y la escelencia de ellos, y que nos asegura en nuestra idea, de que en los sermones hay algo, en cuanto á su efecto, que no puede traducirse al lenguaje escrito, y de que no puede juzgarse por las reglas académicas. Un solo consejo de Jenócrates hizo variar de conducta á Polemon, que segun nos cuenta un historiador, hacia una vida infame, y se hallaba entregado á las costumbres mas criminales. El efecto estraordinario de las palabras de Jenócrates ¿se podrá descubrir en un análisis crítico ó lo manifestará la contestura de su frase? pues esto es lo que únicamente nos conserva la escritura; nos dá las ideas, pero no con la perfeccion que el lenguaje hablado que se halla reforzado y enriquecido con mil accidentes, que no pueden estamparse en el papel.

Nosotros invitaríamos al distinguido escritor que dirige la traduccion de los sermones del P. Lacordaire á que emplease su celo y su ilustracion en formar una coleccion selecta de sermones originales españoles, desde la época del restablecimiento del gusto, estos servirian como de documentos para trazar la historia de la elocuencia sagrada en nuestro pais; durante la época á que nos referimos. Hay muchos y escelentes sermones que permanecen inéditos, ya porque han venido á parar á manos de personas que no conocen su mérito, ya porque nadie se ha propuesto hacer indagaciones para adquirir y reunir los que se hallan dispersos. La publicacion de uno ó dos, despues de haber desaparecido la memoria de las circunstancias que dieran ocasion á ellos, no podia tener grande aceptacion, cuando no son muy conocidos del público en la actualidad nuestros mas sabios y elocuentes predicadores, personas modestas, que han vivido en la oscuridad, y cuyo mérito y cuya fáma no han sido en muchas ocasiones conocidos fuera de su feligresía, ó del pueblo en que han vivido. Pero una coleccion, tan completa como debia ser y ordenada y dirigida por una persona inteligente en la materia, se recomendaria por el nombre de esta, y por la utilidad conocida que prestaria á los jóvenes que siguen la carrera eclesiástica, al público piadoso y á los aficionados á la elocuencia sagrada.

Columna y cuarto de Original.

Me irritan los dibujantes,
los grabadores, me angustian
los literatos, me abrasan
y en la imprenta me espeluznan.
Diariamente me persiguen
y á todas horas me buscan,
pidiéndome original.....
y láminas... y aleluyas....
El cajista es un avaro
que no se ve sacio nunca!
Luego ese estilo moderno
que llaman de abreviatura,
de encerrar en pocas frases
lo que no se entiende en muchas,
(invencion de los demonios
para que no haya lectura)
hará que los escritores
me vuelvan loco ó tarumba.
O escriben corto, ó no escriben
que es enfermedad aguda
crónica y muy contagiosa
entre las gentes de pluma.
El editor Boix que entiende
de estas cosas.... por su culpa
algo mas de lo que quiere
y necesita, asegura
que los escritores todos,
salva escepciones... (ninguna)
si no nacen holgazanes
con pereza se envacunan.
Pero todas esas plagas
ni me estrañan ni me asustan;
gut á gut laborat lapidem
y cuando uno se acostumbra,
ni en el invierno se hiela
ni en el verano se atufa.
Lo que á mí mas me incomoda,
me desespera y me abruma,
es cuando dice el regente
que le falta una columna.
Columna que no es de azotes
aunque para mí es de angustias
y me cuesta mas que todas
las *churrigueras* y *etruscas*.
La de *Vendome*, las de Egipto,
las de Salomon, y juntas
le diera yo las de Roma
con las de España y las turcas,
primero que hacer periódicos
como se venden las frutas;
si una grande no hace peso
otra pequeña se busca.
A qué amigo me dirijo
ni qué redactor me ayuda
á escribir con el compás
86 líneas justas?
—Mire Vd. lo que se dice
señor regente...
—No hay duda,
me replica, lo he medido;
cinco cuartos de columna
faltan, si Vd. no los tiene
la plana en blanco se ajusta.
—Tengo un *soneto*
—No alcanza.
—Esta *oda al sol*...
—Ni á la luna;
es muy larga y no se puede.
—Ponga Vd. letra menuda.
—Aun asi nos sobra media
y á no decir, continúa...
—Cómo que? partir los versos?
pues para el diablo que sufra
al poeta cuando vea,
que su inspiracion se trunca.
—Pues sea como Vd. quiera,
pero falta una columna.
—Medir otra vez y acaso...
—Acaso, qué?...
—Si resulta
ese déficit, lo cubro.
—He medido y sale justa
la cuenta, con cinco cuartos
—Eh?...
—Casi con una columna...
—Vaya, le daré tres cuartos
y haga usté una de las suyas.
—Sí señor, habrá bastante.
—Es decir que tal vez supla
con media...
—Eso es imposible...
tanto baja Vd. la pluma!...
—Pues he de escribir un cuarto
y aun ha de sobrar lectura.
—Pero ya no escribo nada
porque este romance en *una*
ha cansado á los lectores
y ha llenado la columna.

FLORES.

UN VIAJE

A LAS PROVINCIAS VASCONGADAS ASOMANDO LAS NARICES EN FRANCIA.

ARTICULO X.

BURDEOS EN GLOBO.

Aunque la especie legítima, el ignorante por escelencia, sea aquel que empieza á ignorar por no saber que ignora, es muy general (y de ahí el ser tantos los sábios en miniatura) averiguar al menos los nombres ó la existencia de lo que se desea conocer. Pensando caritativamente debe suponerse que el que pide pasaporte para París, sabe cuando menos, que hay tal pueblo en el mundo; otros hay que se atreven con algo mas de ciencia, y saben los nombres de algunos de los pueblos que se encuentran en el camino, y no falta quien al salir de Madrid sepa ya de coro las cosas notables que ha de visitar en la capital de Francia y demas poblaciones de la carrera. Sucede con esto lo mismo que con los libros y los hombres; hay quien tiene noticia de la *Historia de España*, por haber leido el anuncio á la puerta de la librería; alguno va mas allá y sabe el número de volúmenes que tiene la obra; y encuéntrase por fin quien conoce las materias que contiene, gracias al índice. Esta clase de instruccion se llama *ciencia del Espíritu-Santo*, y se divide en dos partes: *infusa* y *semi-infusa*. La primera es tan rara y tan delicada que ni se encuentra ni se usa; la otra es mas comun y generalmente se conoce con el nombre de *ciencia en globo*, esto es ciencia vaga, superficial ó de brocha gorda mas bien. Nació con Adan esa aficion á considerar las cosas por encima ó en globo; la inocularon las tribus pobladoras en sus descendientes, y unas veces mas, otras menos, siempre ha estado en boga esa debilidad del género humano; siendo el siglo actual la verdadera época de su desarrollo, de su crecimiento y apogeo. Ser profundo hoy dia en una ciencia cualquiera, es en estremo vulgar y de mal tono; la universalidad absoluta es lo que priva actualmente, y la siguiente moraleja que predicó Iriarte al final de una de sus fábulas se ha tomado de buena fé por los vivientes del siglo XIX.

«Si querer entender de todo
es ridícula presuncion;
servir solo para una cosa
suele ser falta no menor.»

Opónese á esto aquello de que al raton que no tiene mas que un agujero, pronto le pilla el gato, y se ve uno obligado muchas veces á transigir con el método moderno; especialmente cuando se trata de ver en poco tiempo lo que se hizo en muchos años. La curiosidad del viajero que se acerca al monasterio del Escorial, y en dos horas cree haber visto á placer la octava maravilla del mundo, es una profanacion insolente del genio de las artes y de los hombres en general; pero esa clase de visitas son hechos consumados, como decimos hoy dia, y nosotros estamos dispuestos á respetarlos, sancionándolos tal cual son. Baste ya con esto de prólogo, y seamos por esta vez unos de tantos viajeros como pasan por las poblaciones, ni mas ni menos que los baules que cerrados van y sin abrir vuelven. Preciso será que empecemos por averiguar lo que hay que ver en Burdeos, si hacemos ánimo de ver algo.

Atravesar una parte de la segunda ciudad de Francia empaquetados en la diligencia, no era circunstancia precisa de nuestro repertorio, pero no habia mas medio de arribar á los *paseos de Orleans*, y casa de los señores Dotezac hermanos. Mientras llegamos al término del viaje y nos decidimos á entregar el equipaje en manos de uno de los infinitos mozos que los dueños de las casas de huéspedes tienen allí para enganchar parroquianos, echaremos un párrafo sobre la topografía de Burdeos, y medio ó algo mas acerca de su historia, administracion judicial y demas adminículos.

Bordeaux en francés y Burdeos en español, son dos nombres distintos y una sola ciudad francesa, capital del departamento de la Gironda, y antes de la nueva division territorial de la Francia lo era de la provincia de Guienne. Asentado sobre las márgenes del Garona, forma un brillante semicírculo que ha valido á su puerto el sobrenombre de *puerto de la Luna*; por lo cual se ve en las armas de la ciudad un cuarto creciente de luna. El Garona toma carta de naturaleza en España y atraviesa varios departamentos fertilizando los campos antes de llegar á Burdeos; sus marcas facilitan la comunicacion de la parte alta del rio con la baja, y únese por fin con el Dordogne á formar la Gironda; cuyo rio es ya persona decente que sirve para dar nombre al departamento. Por la parte de París presenta un gran punto de vista, y sorprende la riqueza de la vegetacion no menos que la belleza de los edificios de una manera incomprensible para esplicarla á quien no haya tenido el placer de recrearse con tan delicioso panorama. Por el camino de Bayona no es tan risueño el espectáculo que ofrece la antigua ciudad inglesa, reunida á la corona francesa en tiempo de Cárlos VII; pero el viajero, que llega por esa parte, formá una gran idea del primer pueblo de Francia despues de

Teatro de Burdeos.

París. Los bordeleses, se han ocupado como todos los pueblos del mundo de averiguar la etimología de la palabra que da nombre á su patria, y despues de mil acaloradas discusiones y en vez de decirnos de donde venia la palabra *Burdigala*, se han contentado con declarar que esta se deriva de *Burr-Wall*; que quiere decir fortaleza, Gales. Por la misma causa, pretenden que el César se ocupó de hacerles ese pueblo para cuando viniese al mundo y menos de la era vulgar no se contentan algunos, al fijar la época de la fundacion de Burdeos. Los menos escrupulosos y mas sensatos se contentan con olvidar las épocas primitivas, y empiezan la historia de Burdeos, narrando la insurreccion que estalló allí á causa de un impuesto monstruoso sobre la sal, y que contuvo el condestable de Montmorency. Esto ocurrió en el año de 1550, y á fines del mismo siglo XVI, las guerras religiosas se entablaron con mucho ardor, é hicieron muchas víctimas, antes que Enrique III pusiese en paz á los bordeleses por medio de un edicto. Pocos años despues la peste volvió á diezmar las gentes de Burdeos, reinando

Puente del Garona.

Enrique IV y el cardenal de Sourdis, arzobispo á la sazon de la ciudad, consagró toda su fortuna á evitar la reproduccion de aquella calamidad, dando curso á las aguas estancadas, cegando los infinitos canales que habia en los alrededores, y activando la plantacion del arbolado. La *Liga* que combatia contra el rey de Navarra tuvo tambien sus partidarios en la capital de la Gironda, y cuando Enrique IV triunfó de todos los obstáculos que se le ofrecieran en su azaroso reinado, recobró Burdeos su antigua paz, y con ella la prosperidad de su vasto comercio. Pero los que se habian sublevado contra el impuesto de la sal, no podian permanecer indiferentes, ante otro de igual género que sufrieron los vinos, y esta guerra algo mas seria que las anteriores, abortó las celebres barricadas francesas; que siendo entonces el *bú* de Luis XIV, son hoy el recreo de Luis Felipe, y apenas salian los bordeleses de una guerra, para entrar súbito en otra. En los tiempos de paz no ha sido tampoco muy feliz la ciudad de Burdeos, y el invierno de 1709 es una prueba de esta verdad. Las consecuencias de marcar el termómetro 15 grados bajo cero fueron horribles, y el monopolio de los granos y demas artículos de primera necesidad, produjo una hambre desastrosa é inaudita. Medió siglo despues se repitieron los frios de tal modo, que las gentes paseaban sobre el helado Garona como por un pavimento de piedra. En 1768,

un fuerte huracan seguido de una gran avenida del rio, causó grandes estragos en la poblacion, y al año siguiente volvieron á perturbarse los ánimos por ciertas contestaciones entre el parlamento y el cardenal de Richelieu.

El *pan* no podia permanecer indiferente á las sublevaciones del *vino* y de la *sal*, y quiso probar su influencia sobre los bordeleses, haciéndose pagar mas caro de órden superior; pero fué tal el alboroto producido por aquel ensayo, que la autoridad se vió obligada á revocar inmediatamente su mandato. La revolucion de 1789 no halló eco en Burdeos, y las ideas de libertad, (esto es, de aquella libertad) no echaron grandes raices allí; lucharon algun tiempo contra las órdenes de la córte francesa, y admitieron por fin el nuevo régimen; siendo la plaza de *Dauphine* teatro diario de las ejecuciones Robesperianas. No volvieron á estar en paz, hasta que en el año 1802 se restableció el culto católico; pero el sistema militar de Napoleon era demasiado contrario al comercio de la ciudad, para que sus habitantes no ansiasen un nuevo gobierno que ayudase el desarrollo y el fomento de su industria. Burdeos fué el primer pueblo de Francia que reconoció los Borbones, y en recompensa, tomó el título de *ciudad fiel*, *ciudad del 12 de marzo*. Finalmente la revolucion de 1830 no encontró gran oposicion en la ciudad del 12 de marzo, y los bordeleses entraron con entusiasmo á gozar las ventajas de la libertad bien entendida, que habian oido preconizar por espacio de quince años.

Mientras pasaba por nuestra mente la historia de Burdeos, con la rapidez que han visto nuestros lectores, el bello sexo que viajaba conmigo, se entretenia en acomodarse la ropa y sacudirse la cara, calmando la sublevacion de los cabellos, y buscando los alfileres que habian desertado de sus puestos, con los vaivenes del carruaje, para entrar aderezadas y limpias en la capital de la Gironda.

Ni la circunstancia de ser españolas, ni la de llegar á un pueblo extranjero, ni la de ser las siete de la mañana, ni el saber que nadie habia de salir á recibirlas, nada fué bastante para que dejasen de hacer su tocado, ó bien *toilette*, ó como Vds. quieran llamarlo. Eran mujeres, y haciendo aquellos preparativos con sus personas, estaban en el libre ejercicio de una de sus mejores prerogativas. ¡Ojalá que en vez de *cultilatinizarse* hiciesen todas lo mismo! Pero dejemos para mejor ocasion estas reflexiones y salgamos de una vez del carruaje; pues por buenos que sean los caminos franceses, veinte y cuatro horas seguidas prensado en una diligencia, dan de sí mas de lo que parece para acabar con la paciencia del mismo Job.

Difícil cosa era desembarazarse de los mozos franceses que querian cargar con nuestro equipaje para buscarnos alojamiento; pero con los muchos que hablaban español, y los infinitos que pretendian hablarlo, nos fué imposible resistirnos, y cediendo al mas audaz de todos ellos, nos encontramos en la fonda de las Cuatro Hermanas; de donde apenas hubimos almorzado y sacudido las orejas, salimos á dar un paseo por la poblacion, dispuestos á examinarla en globo; siquiera para hacerlo asi fuese preciso subirse á una torre y cazar todos los edificios notables á vista de pájaro.—Como la antipatía y su antagonista son dos hermanas que siempre estan regañando y se disputan los parroquianos con tanto fervor, vence generalmente la que primero llega, y asi en vez de serme simpática la fonda, el mozo que á ella nos condujo, y las cuatro hermanas dueñas del establecimiento me fué tan antipático todo, que si bien no veia la hora de salir de allí, apenas me hube mudado de traje ó de ropa si Vds. gustan, no sabia cómo volver de nuevo á la dichosa fonda despues de haber visto en globo la ciudad. Acostumbrado sin embargo á no pensar en lo que hago hasta dos horas despues de haberlo hecho, y fiado en el «Dios dirá» que es mi elixir favorito, fuíme á ver Burdeos olvidándome de las cuatro hermanas, hasta que tornase á la presencia de *les quatre sœurs*.

Empeñéme en salir solo, para lo cual hube de jurar que habia estado allí varias veces, y con esto escuso decir que anduve perdido dos horas por aquellas calles logrando á fuerza de fuerzas, y saliendo de un ómnibus para entrar en otro, dar con mis huesos en el magnífico puente de Burdeos, del cual hablaremos mas adelante. Allí me detuve un gran espacio de tiempo, gozando de la perspectiva mas risueña que se puede ofrecer jamás á la humana consideracion. La pintoresca campiña que se descubria á la derecha por el camino de París, la extensa línea de casas que se ve á la izquierda, y las embarcaciones que en número de quinientas se apiñan en derredor del puente, aunque á distancia oportuna, presentan un golpe de vista admirable. Y por mas que no sea nuevo decir que los palos de muchos buques reunidos, asemejan una poblacion flotante sobre las aguas, nosotros lo afirmamos asi despues de ese dia.

Abandonamos á duras penas aquel delicioso paraje decididos á visitarle diariamente, mientras estuviésemos en Burdeos, y pasando por la Bolsa nos internamos por la poblacion, para tomar noticia de las cosas notables que debíamos visitar en los dias siguientes. En cuanto á templos católicos, estaba yo persuadido que buscarlos en Francia viniendo de España, era como salirse de un rio y meterse en un bosque á caza de peces; tomé á pesar de todo nota de los mas notables, como la catedral de san Andres, y la iglesia de santo Domingo, y nunca me ocurrió pensar en salir de Burdeos sin visitar el cementerio de la *Chantreuse*. Del templo y cementerio de los protestantes, juntamente con la sinagoga de los judíos, tomé asimismo acta y ni me pude olvidar del gran teatro, ni mucho menos del Hospital de San Andres, y cárcel de *Fort-du-Hâ*; con otros varios edificios y paseos notables que visitaremos en el artículo inmediato (ó si el lector es tan material como escrupuloso); de los que yo visité entonces y pienso hablar ahora.

Volví á la fonda en alas del hambre y coche de alquiler, y vinieron las patronas una tras otra á preguntarme cinco veces cada una si me habia divertido. Cinco por cuatro veinte, y en mal castellano, figúrense Vds. qué cosa mas á propósito para que aquellas benditas mujeres se captasen mi simpatía. Yo que ni habia salido de Madrid para sufrir otras incomodidades que no fuesen las indispensables del camino, ni tenia mas que hacer para librarme de aquel tormento sino tomar el baul é irme con la música á otra parte, pensé en última instancia tomar una resolucion; pero mis compañeros de viaje que se me habian cosido á pespunte para hacerme el honor de vivir, comer, y pasear conmigo mientras permaneciésemos en Burdeos, merecian ser consultados antes de hacer una de *populo*. De cuatro que eran *ellos*, tres no lo eran y uno sí; y por si al lector no le gustan las charadas, lo cual le acreditaria de persona decente, le recordaré que de aquella familia española que me creyó francés en el camino, las tres cuartas partes eran del sexo femenino y la otra pertenecia á los nuestros. Pues decia que como *ellas* no podian ser ellos ni dejar por lo tanto de llevar cada una diez ó doce baules con otras tantas cajas embutidas de ropa; antes de pedir cama y mesa, habian solicitado un cuarto para estender los vestidos; y como lo hubieran hallado al momento, tenian toda la ropa colgada, cuando llegue yo á decirlas que habia resuelto mudar de fonda, á pesar de lo mucho que sentia abandonar su amable compañía. La viveza femenil no les dictó aquella vez el remedio mas sencillo, y en vez de decirme:—Vaya Vd. con Dios y sentimos mucho su ausencia, me presentaron el inconveniente de los vestidos llamándome calavera y botarate por añadidura. En vano quise decirlas que ni yo necesitaba recoger aquellos vestidos para irme á otra fonda, ni habíamos entrado todos bajo un mismo padron; negáronse á escucharme y ya que tuvieron la amabilidad de decidirse á venir conmigo, tropezaron con un inconveniente que ellas de buena fé creian insuperable.—Quién es el guapo que se lo dice á las patronas? exclamó una de ellas.—Eso es, dijeron todas, quién se despide antes de las veinte y cuatro horas? Y como contrariadas en su resolucion por una fuerza invencible, no hacian mas que mirarme y reirse de verme reir. Yo las pregunté si tenian dinero para pagar el gasto de aquel dia, y los mozos que trasladasen el equipaje, y como me dijesen que sí, las pedí licencia para aprovechar aquella ocasion haciendo cabeza de familia, y á tambor batiente salimos de aquella fonda. No hice mas que llamar á una de las hermanas, con cuyo motivo vinieron las cuatro y pedílas la cuenta del gasto hecho hasta aquel momento. Preguntaron el motivo de aquella resolucion y contesté que nos íbamos á otra parte; insistieron en averiguar el por qué de esto último y las dije:—Señoras; el trato de esta casa es muy bueno pero demasiado barato, para lo que nosotros acostumbramos; mi familia no sabia cómo salir de aquí antes de las veinte y cuatro horas, yo no sé cómo nos sacarian á todos si estuviésemos cuarenta y ocho.

MÚSICA.

ACTUAL ESTADO DE LOS COMPOSITORES Y CANTORES ITALIANOS.

El genio nace y el arte se adquiere:
este subsiste cuando aquel se agota.

Cuando la larga noche de los bárbaros oscurecia una tras otra las estrellas que con refulgente luz brillaron sobre la Italia, como galardon de doce siglos de grandeza conquistada con la ciencia, la laboriosidad y las armas, Dios hacia resucitar de en medio de las ruinas la sagrada llama del arte, y la colocaba al par de rica diadema, en las sienes de la querida Reina de los pueblos. Una voz salida del desierto Capitolio habia gritado con Atila: ¡*Italia fué*! Pero el genio de los nuevos destinos sentándose á su lado, dijo con sonoro acento á los asombrados pueblos: ¡*Italia existe*!

Entonces fué cuando sobre la Roma de los Césares se inauguraba la Roma de los Papas, y la supremacía moral subsistia á la aun temida supremacía de la fuerza. Entonces fué cuando nacieron Dante, el Petrarca, Cimabúe, Giotto, Miguel Angel y Orgagna; y con ellos la pintura, la escultura y toda una epopeya grande, nueva y bella, como el magestuoso aspecto de los Alpes y el Apenino.

Entre las bellas artes fué la última en mostrarse la música, pero levantaba su frente armada como la griega Minerva, para contrarestar desde su itálica cuna á las demas naciones contemporáneas. Desde Guido de Arezzo, inventor de las siete notas, hasta Jomella y Pergolesi, que en el siglo XVII trazaban las primeras líneas del drama musical ¡cuántos grandes genios no ha contado la Italia en este bello arte!.... ¡Cuántas sublimes creaciones le han conducido hasta Rosini, Mercadante, Donnizetti, Bellini y Vaccaj!.... ¿Y ahora se pararán aqui tantas glorias? ¿Será que un fuerte dique se oponga á la corriente del genio italiano, y que yazca estacionado despues de haber extendido su imperio sobre las demas naciones? La fatalidad parece presidir actualmente los destinos del arte musical en las riberas del Pó y en las faldas del Vesubio, y un negro presentimiento tácitamente nos indica, que asi como la antigua Italia perdió en remotos siglos el imperio de las armas, tal vez no está lejos el momento en que vaya debilitándose la filarmónica dominacion que ejerciera. Aun cuando no existiese el movimiento que se ha notado desde Hayden y Mozart hasta Mayerber en la escuela alemana, y el sesgo que va tomando la francesa despues de las últimas producciones de Herold, Alevi y Aubert, el cúmulo de obras teatrales que se han escrito y escriben en Italia, y el reducido número de las que han obtenido una favorable calificacion de la inteligencia, nos induce á creer el decadente estado del genio italiano y la falta de los necesarios conocimientos artísticos en la mayor parte de sus modernos compositores, que sin metódicos estudios y fiados en una chispa de genio, en cuatro dias se han elevado de meros solfistas á maestros, arrojando con sus insulsas cantinelas y su estrambótica é inconexa instrumentacion, un puñado de lodo al arte musical que asesinan con sacrílega pluma.

Para demostrar la decadencia de la música italiana, no hay mas que echar una rápida ojeada sobre lo que ha sido y lo que es. Tras del compositor de los cincuenta primeros salmos, el incomparable Marcello sobrepujó Durante á Pórpora y Leo que le habian precedido. Tendido en el lecho del dolor el fe-

cundo Pergolesi, creaba el hermosísimo *Stabat* que habia de trasmitir su nombre á la posteridad. La vibracion de las dos cuerdas unísonas, descubria el tercer sonido en el siglo XVIII á Tartini. En 1747 nacia en Tarento el acreditado Paisello, y entre sus obras dejaba la mas selecta coleccion de bellezas en su *Nina*. Cimarosa hacíase admirar igualmente por sus talentos, y especialmente consignaba una memoria duradera de los mismos en su ópera bufa *Il Matrimonio Secreto*, reproducida anualmente en el teatro italiano de París. Despues de Fiorabanti y Paeer, compositor de la linda *Agnese*, parecia que el arte no podia adelantar un paso mas en la senda del progreso, cuando amaneció Generali y el sublime cantor de Pésaro, el inmortal Rosini, que debia verificar una verdadera revolucion musical. Tras de este resplandeciente meteoro, comparecieron Mercadante, Donnizetti, Bellini, Vaccaj, Coccia y otros varios cuyas obras forman las delicias de la filarmónica Europa. ¿Qué nuevos compositores despuntan en el dia que merezcan tan siquiera el honor de un lejano parangon con estos últimos? Tal vez ninguno, porque á falta del genio creador, muchos torturan su imaginacion, y en defecto de la novedad, á cada paso hilvanan en las modernas producciones una série de plagios, disfrazándolos mañosamente con formas diversas, para apropiarse la originalidad de los pensamientos.

La multitud de óperas recientes cuya mayor parte han nacido y muerto al darlas á luz sus compositores, nos auguran que cuando dejen de oirse las armonías de Rosini, Mercadante, Donnizetti y otros sábios maestros, la música italiana se hundirá en un inmenso caos, del cual solo pudiera sacarla una nueva revolucion Rosiniana, cuya reproduccion creemos dificilísima, si no imposible, porque raro es el siglo que multiplique fenómenos de una misma especie.

Mientras que en otras naciones se notan un movimiento desconocido hasta el dia, y sus escuelas producen ópimos frutos que auguran la progresiva celebridad á los compositores líricos, educados bajo las sólidas bases de un metódico estudio; la Italia, esta primera depositaria de los secretos del arte encantador, esa señora que unció allá en lejanos tiempos al carro de marfil de sus conquistadores cien destronados reyes, que con la cabeza inclinada y aherrojados brazos, adornaban el triunfo del vencedor que iba á depositar la ofrenda de la victoria ante las aras de Júpiter Capitolino; la Italia, esa señora feudal de la edad media, á la que en pleito homenaje hincaban la rodilla los artistas extranjeros, á la vista de las soberbias obras de sus hijos; la Italia, repito, ese bello pais en el que se reciben las inspiraciones, tan pronto saboreando las cristalinas aguas del Tíber, al pie de la tumba de Adriano (1), como paseando en serena y callada noche por las lagunas de la Reina del Adriático; la Italia, en fin, ya no es la que exclusivamente abastece con sus óperas los teatros italianos de Europa.

Las escuelas alemana y francesa cada dia van remontando su vuelo, y sus mas selectas composiciones líricas, son buscadas y ejecutadas con aficion fuera de los paises donde tuvieron cuna; de modo que traducidas la mayor parte de las óperas de Mozart, Mayerber, Morlachi, Herolt y Aubert, reciben hasta en los mismos teatros de Italia los vivos elogios de la inteligencia, cuyo irrecusable voto en vano pretendió acallar el mal entendido espíritu de nacionalidad de un hombre solo (2) pretendiendo que su opinion *lega* en la materia, prevaleciese sobre la generalidad artística, que consignaba un testimonio de admiracion á un célebre y filosófico compositor francés.

Si no se disipa la niebla que ofusca el porvenir de la Italia, y no despuntan en su horizonte genios dignos de conservar el lustre de su escuela cultivada por una série de hombres eminentes (1), este pais ofrecerá en el arte musical lo mismo que en sus antigüedades, un catálogo de recuerdos históricos: será un pais que en adelante fundará su gloria en la reproduccion de lo pasado, asi como á falta de gloria presente, muestra orgullosa á las naciones extranjeras, los restos de las grandiosas obras de los conquistadores del Orbe.

No menos desagradable perspectiva ofrece la Italia en sus cantores. Vénse una plaga de jóvenes, cuya mayor parte sin haber apenas saludado los signos musicales, dejan los unos la lanzadera ó el cepillo en sus talleres, y otros la brocha ó el buril, para saltar de un brinco á la escena, y usurpar el distinguido nombre de artistas tan difícil de conseguir. Así es que el que ayer era mancebo de una tienda, de la noche á la mañana le vemos anunciado como primer bajo ó tenor en los carteles de un teatro. Hé aquí la historia de semejante peripecia: los muchos especuladores que pululan en Italia, escrituran por cuatro ó seis años un jóven dotado de buena voz, con el miserable cebo de unos cien francos al mes, y entregándolo en seguida á un ignorante maestro que á fuerza de gritos logra hacerle aprender en cuatro meses una ó dos óperas, hélo aquí metamorfoseando en un célebre cantante: luego se hace un buen regalo al corresponsal y este sobre la marcha lo escritura para un teatro, en el que tan siquiera hubiera sido apto para ocupar la plaza de simple corista. Estos nuevos cantores segun comercio recientemente establecido, son llamados *pensionisti*. Mientras que en otros paises se castiga con el último suplicio el tráfico de negros, en Italia se autoriza el de los blancos en descrédito del arte musical y en notorio engaño del público, que acude al teatro para oir trasmitidas fielmente las composiciones de los maestros. La voz por sí sola no forma el artista. El método y el asiduo estudio pueden hacerlo tal, y el que carezca de este, por mas que tenga aquella, solo poseerá un instrumento sin saberlo tocar, porque:

La voz sin arte
es cosa fútil,
es don perdido,
es joya inútil.

Los célebres cantores David; Senesino, Mandini, Nozari, Tachinardi, etc.; las incomparables Catalani, Malibran García, Soutag, Bonini, Pelegrini, Ekerlin y otras varias, han debido su celebridad á una larga permanencia en los Conservatorios ó Liceos, ó bien adquiriendo su instruccion música, estudiando por el espacio de muchos años al lado de acreditados maestros. Lo mismo han practicado los mas famosos artistas de canto que todavía forman el lustre de la escena italiana. Testigo de ello son las señoras Grissi, Persiani, Tadolini, Frezzolini, y Marini, y los señores Rubini, Donzelli, Mario, Moriani, Salvi, Lablache, Tamburini, Salvatori, Ronconi, Fornasari, y demas que omitimos. Si dominára á estos artistas el deseo de abandonarse á los solos recursos de la naturaleza, tal vez no ceñiria sus sienes el laurel que la inteligencia concede justamente á la perfeccion artística.

La música, que segun dicen célebres escritores, somete el universo al imperio del oido, del mismo modo que le someten la pintura y la poesía; la primera al juicio de la vista, y la segunda al poder de la imaginacion, se está socavando paulatinamente en Italia, tanto por sus nuevos cantores como por sus compositores. Lejos de adelantar, parece que el destino haya detenido con nervudo brazo la rueda del progreso artístico, diciendo á la presente generacion que con ella acabarian los genios que hasta ahora habian ilustrado el nombre italiano. ¡Ojalá no pase de una simple conjetura tan infausto pronóstico, y que el pais de las inspiraciones y del *bel canto*, despierte del letargo en el que parece comienza á sumergirse!

J. Fors.

(1) El castillo de San Angelo en Roma.

(2) Romani, persona á la que admiramos y respetamos como literato profundo, y célebre poeta italiano, escribió un ponzoñoso artículo criticando injustamente el conocido mérito de la gran ópera del maestro Herold, *Zampa*, que traducida en italiano acababa de ejecutarse en el teatro real de Turin. En 1839, cuando por primera vez se puso en escena la misma ópera en el Liceo barcelonés de S. M. la reina doña Isabel II, uno de los periódicos barceloneses reprodujo el propio artículo, que nos apresuramos entonces á rebatir en el número 1405 del Nacional de aquella ciudad, en justo desagravio del arte ofendido.

(1) Escasean tanto las nuevas composiciones líricas en Italia, que á pesar del crecido número de óperas que diariamente ocupan la escena, poquísimas son las que obtengan los honores de una continua reproduccion, y solo la mayor parte de las del maestro Verdi, son las que proporcionando conocido lucro á las empresas, estienden la justa reputacion del inteligente compositor que las ha escrito.

Revista de la Quincena.

No ofreciendo ningun interés la política extranjera, ó mejor diremos, la marcha de esta en los últimos quince dias, y siendo aun poco ciertas las noticias que corren sobre encenderse de nuevo la guerra de Marruecos, nada podemos decir por hoy á nuestros lectores, y estacionados en nuestro territorio, pasaremos la vista por los asuntos de casa, que si no van muy allá, van como Dios quiere; y no quisiéramos decir que su Divina Magestad nos quiera mal, pero tampoco nos tiene la mejor voluntad. Cúmplase y hágase en todo y por todo; hasta en los presupuestos presentados por el gobierno á las cortes, que no solo se van aprobando tal cual se hicieron, sino que aun tal vez se piensa aumentarlos alguna partida. Al defender el Sr. ministro de la Guerra los sueldos de los capitanes generales, nos vino á la memoria lo de aquel hijo de familia, que retirándose tarde á su casa, entraba regañando porque le habian hecho estar á la puerta mucho tiempo, y así conseguia que le diesen la razon. Esto se llama tras de cuernos penitencia, y uno es el descalabrado y otro se pone la venda. Si sigue así la discusion de los presupuestos, concluirán los representantes del pais dando un voto de gracias al gobierno por su comedimiento y economía. Cosas tenedes Ruy Blas que farán fablar las piedras. El Sr. Pacheco hizo una interpelacion al gobierno sobre los negocios de España con el Santo Padre, á la cual contestó el Sr. ministro de Estado. Ambos oradores sostuvieron en sus discursos la gran reputacion de que gozan en el mundo político. El primero estuvo infinitamente superior al Sr. Martinez de la Rosa; ya porque su posicion en este asunto fuese mas ventajosa que la del gobierno, ya porque el talento del Sr. Pacheco está á una altura inmensa, para gloria del pais que tiene la honra de contarle entre sus mas esclarecidos hijos.—Sobre los demas asuntos políticos que se han indicado en estos últimos dias nada podemos decir aun, y esperamos á que se ventilen por las altas capacidades que tienen la fortuna de dirigir nuestros destinos; pues nosotros hemos dado en la flor de no admitir nada, hasta que llega á ser hecho consumado; en cuyo caso la moda es aceptarlo y punto concluido.

El ayuntamiento constitucional de Madrid, con el cual tenemos cuentas pendientes todos los dias, no ha dado aun á luz la dichosa verja del Prado, ni principio á ninguna de las grandes mejoras materiales que nos tiene ofrecidas; y como nosotros somos en estas cosas tan pesados como los niños cuando no les satisfacen sus caprichos, estamos de monos con el ayuntamiento; el cual sino entiende la frase, puede acercarse á preguntarnos lo que significa cuando mas le plazca. En cambio de lo que ha dejado hacer ha resuelto no empezar aun la nueva acera de la calle de Preciados á pesar de lo que continuamente le dice la prensa madrileña, y de que los transeuntes se ven obligados muchas veces á defenderse, subidos en las rejas, de los coches que ruedan por esa calle, y arañan los edificios, por no encontrar la linea divisoria entre las personas, y los entes irracionales. Nosotros hemos recibido varios comunicados de personas que viven en esa calle, siendo notable entre ellos uno, suscrito por dos vecinos honrados, los cuales llevan su entusiasmo hasta el punto de invitarnos á tomar el té en su compañía, el dia que se coloque la primera piedra de esa dichosa acera. No se olvide el ayuntamiento de Madrid de esta indicacion y esté seguro de que nosotros nos consideraremos recompensados de las fatigas que nos cuesta el cargo de tutores, cuando veamos mas atendido el empedrado de las calles de Madrid.

Ahora que no hay pronunciamientos, no tienen perdon de Dios los concejales, y debieran pensar en ser algo mas que ornato de las procesiones, y directores de escena de los teatros y plaza de toros. — Respecto á policía urbana, la poca que tenemos nos incomoda demasiado, para que dejemos de apuntarla aquí; llamando en nuestro apoyo á los señores del ayuntamiento, que no se retiren á su casa á las nueve de la noche. Entre las gentes que salen de sus casas á las cinco de la maña, vestidas de trapillo y medio dormidas, y las que se retiran á dormir á la media noche, con la misma ropa que lucieron en el teatro ó en la tertulia, ha habido siempre una distancia decente y racional; tolerando el capricho de los primeros, y respetando

la necesidad de los segundos. Antiguamente se barrian las calles al amanecer, sin cuidarse de la poca gente que á esas horas transita por Madrid; hoy por el contrario, se barren á las doce de la noche, con notable perjuicio de la mayoría del pueblo madrileño que se retira á sus casas despues de salir del teatro. A nosotros no nos parece justo que se dé con el polvo en los ojos á los que pudiendo tomar la leche de vacas en la cama, se van á tomarla (con una pulmonía) al Retiro; pero puesto que es preciso limpiar las calles, lleven los que madrugan en el pecado de dejar la cama la penitencia del polvo. En la limpieza nocturna, hay tambien el defecto de hacer salir los carros á las primeras horas de la noche, haciendo intransitables las calles de Madrid, por las consecuencias que dejamos á la consideracion de los encargados del ramo de limpieza. Sin entrar á enumerar los muchos inconvenientes de ese abuso, no podemos menos de decir que los teatros se resienten ya de esas limpiezas nocturnas, tanto de cuba como de escoba; y seria una iniquidad que los teatros se cerrasen por la omnipotencia de la policía urbana. Nosotros hemos oido á muchos al salir del teatro decir, que la comedia habia estado muy buena; pero que todo se podia perdonar por no ahogarse de polvo y etc. Pese bien al ayuntamiento constitucional de Madrid los males que amagan al pais, y aproveche los buenos elementos que tiene para remediarlos: y no se ria de este consejo, pues para los concejales no hay mas pronunciamientos, ni mas reformas, que las mejoras materiales; y la comodidad del vecindario es su verdadero pais.

En cuanto á teatros siguen los cuatro que contamos hoy abiertos, en los mismos sitios de costumbre, y poco mas se nos ocurre decir sobre el particular. El del *Príncipe*, llamado nacional, porque en él se dice todo en español, sobre algun defectillo en alguna traduccion, está muy favorecido del público que siempre es justo con las empresas; pero no corresponde, como debiera, á esta deferencia, poniendo en escena las comedias nuevas que tiene anunciadas. Estamos algo avanzados en el nuevo año cómico, y aun no se han representado otras piezas que aquellas sabidas de todos hace mucho tiempo; comedias con barbas que decimos. Cuando entraba nuestro número, se disponian á ejecutar la comedia del señor Rubí, titulada *La entrada en el gran mundo*. Por los informes que tenemos de esta produccion, pudiéramos, sin aventurar nada, adelantarnos á dar la enhorabuena al jóven poeta por su triunfo mas de los muchos que recibe diariamente; pero queremos esperar el fallo del público para hablar con mas razon y detenimiento.

El teatro de la *Cruz* ha vuelto á regalarnos con *Il ritorno di Columella*, y nuestro compatriota Salas ha conquistado muchos laureles, entusiasmando al público de una manera inesplicable. Para dar una idea de lo que hace Salas en esta ópera era preciso que el crítico llevase al teatro á sus lectores y lo dijese: — Ved, oid, y si podeis evitar esos bravos que involuntariamente se os escapan interrumpiendo al artista, callad que asi gozaremos mas. El argumento del *Columella*, que es uno de los mas estúpidamente desordenados que conocemos, tiene el grave inconveniente para el bufo de precipitarlo á traspasar la delicada línea que separa la gracia y el chiste de la bufonada chabacana y grosera; pero Salas, y por eso se presenta á nuestros ojos tan grande artista, se mantiene en el verdadero término medio, sin abusar una sola vez del entusiasmo con que acoge el público el menor de sus gestos. En el coro de locos del segundo acto estuvo superior á todo elogio, y despues de hacer mil gestos á cual mas oportunos y sumamente cómicos, se muestra inimitable en estos versos que canta con estraordinaria fuerza de voz:

Sorte cruda é maledetta,
Con me piu ti veroi spassar?
Una dirba di civetta
E cagion del mio penar?

En suma, la segunda noche que se cantó el *Columella*, ó la primera por mejor decir, pues ha sido el dia que ha alcanzado mejor éxito, estaba el célebre Ronconi en un palco bajo aplaudiendo á Salas con el mayor entusiasmo, y nos aseguran que apenas podia creer que hubiese sido creado por nuestro compatriota el papel de Columella.

La señorita Tirelli, que se habia prestado á cantar la parte de Elisa, á pesar de ser de poco lucimiento, en obsequio de la empresa, cantó con mucho gusto la cavatina y el rondó, siendo muy aplaudida del público en ambas piezas. Y ahora, que ya no puede tener efecto retroactivo esa condescendencia, sin la cual no hubiésemos vuelto á oir á nuestro Columella, al menos por este año, aconsejamos á la señorita Tirelli que guarde esas gracias para cuando haya terminado su carrera artística; esto es, cuando se encuentre con un nombre indestructible. Estamos persuadidos de que habiendo gustado en cuantas óperas ha cantado hasta el dia en Madrid, no arriesgaba nada en cantar una parte insignificante hasta cierto punto; pero antes que la devocion está la obligacion, y la de un artista es hacer su carrera sin entorpecimientos de ningun género. La señora Chimeno estuvo muy feliz en la parte de Serpina, y el público de Madrid halla cada dia mas simpática la hermosa voz de esta jóven artista; la cual pone de su parte cuanto puede, progresando rápidamente en el canto.

A beneficio de la señorita Tirelli se puso en escena el *Elixir d' amore*, por otra condescendencia, segun dicen, de la interesada, y de esta ópera nada podemos decir, porque no somos amigos de ensañarnos con los vencidos. Salas y la beneficiada se esforzaron por salvar la ópera, y no pudieron lograr otra cosa que hacerse aplaudir algo del público. Lo cual fué poner una pica en Flandes; pues contra tenores como Paterni no hay esfuerzos posibles. Mientras cantó el señor Paterni, desesperó al público; cuando se dió á bailar lo hizo reir. El bajo Lej estuvo asimismo bastante desgraciado, y la ópera no se ha podido cantar la segunda noche. Afortunadamente en el intermedio cantó Guasco un aria de *I Lombardi*, y decimos *una* porque ni es la que nosotros conocemos, ni vale gran cosa tampoco; pero la cantó perfectamente, y á pesar de haber salido con fraquecito negro, lo cual quita la ilusion en el teatro, y es muy bueno para los conciertos caseros, gustó mucho al público. La beneficiada se presentó despues á cantar el rondó de la *Anna Bolena*, y el público la llamó con instancia á la escena, arrojando á sus pies coronas y ramilletes, mientras se esparcian por el teatro versos impresos en papeles de diferentes colores, y algunos retratos de litografía. Nosotros copiaríamos con gusto algunos de los primeros, si hubiéramos podido conseguir alguna copia; lo único que podemos decir por un soneto que leimos aquella noche, es que sus apasionados habian aprovechado la noche de su beneficio para felicitarla por los triunfos adquiridos en la escena desde que canta en Madrid.

La señora Bertolini Raffaeli no se ha presentado aun al público en el teatro, pues en Madrid hace ya un mes que se ha dado á luz. Háblase con variedad acerca de la ópera en que ha de hacer su primera salida, y segun un periódico de esta corte, facultativo en la materia, hay cierto obstáculo en casa que retarda el momento, y á cada ópera la presenta su inconveniente. Si tendrá celos de la nueva prima donna alguno de los bajos de la *Cruz*? Nada tendria esto que estrañar cuando la prima donna del *Roberto* fué Salas. Si á los lectores les parece imposible que sea un cantante el que tenga miedo al *debut* de una cantatriz.... á nosotros tambien. Si su mérito es como nos han asegurado, pronto sabremos quién era la (persona) de los celos, y no nos morderemos la lengua para decirlo.

El teatro del *Circo* no ha sido muy afortunado con la *Beatrice di Tenda*, y á escepcion del gran Ronconi, los demas anduvieron bastante desacertados. En el aria estuvo inimitable, y mereció con justicia los estraordinarios aplausos que le prodigó el público. No queremos nombrar á los demas artistas que tomaron parte en esa parte, y estamos seguros de que agradecerán nuestro silencio, porque todos abandonaron despiadadamente al célebre barítono. La empresa puso en escena la *Beatrice* con un lujo casi fabuloso, y los trajes de Ronconi llamaron particularmente la atencion del público por su inmenso valor. A ese mismo teatro han asistido S. M. y A. á oir la *Maria di Rohan*, y el señor Salamanca mostró su espléndida galantería, dando un refresco general á todos los concurrentes, despues de uno brillante á la regia comitiva, iluminando el teatro con gran profusion de luces, y regalando el producto de la funcion á beneficio de los establecimientos de beneficencia.

Nada mas decimos de teatros por miedo al *Pirata* de Milan, el cual, elogiando á los cantantes de la *Cruz*, dice entre paréntesis (si lo permiten los periodistas de Madrid), y nos dice entre otras lindezas lo siguiente: «*Ci arrivano quanti di sfida à diritta è à sinistra da giganti è da nani, da leoni è da topiragni. La mosceroni è mosconi*, etc., etc. Pero despues de tanta baladronada se le atasca la lengua, y en vez de contestar á lo que se le dijo sobre la célebre carta de que ya tienen noticia nuestros lectores, canta la palinodia, y se contenta con decir: «Pues si yo me he equivocado, Vds. tambien se equivocan otras veces.» Por cuya lógica piratesca creemos que los redactores del *Pirata* son capaces de arrojarse á un pozo, si hay otro que los dé el ejemplo. Mejor haria el tal periódico en pedir permiso para decir que la segunda noche que se cantó la *Maria di Rohan* no se encontraban billetes, y que estaban tomados todos hasta la quinta representacion; pero no ha hecho mal en decirlo por sí y ante sí bajo su responsabilidad, pues nosotros no le hubiéramos autorizado nunca para tanto. No hay que darle vueltas, señores mios; por lejos que esté Milan, el humo del *tabaco habano* se advierte desde cien leguas á la redonda. El *Liceo artístico*, que dejó de ser literario desde que entró en la via de los teatros caseros, ha puesto en escena últimamente la linda comedia de Moratin, titulada *la Mojigata*, y en ella ha gustado como siempre el señor Vega, cuyo talento y conocimientos escénicos son cada dia mayores. La escogida concurrencia que llenaba los salones de aquella sociedad, templo un dia de las artes y de las letras, pasatiempo despues de unos cuantos, aplaudió con entusiasmo al señor Vega, que estuvo admirable en la noche á que nos referimos. La señorita doña Joaquina Vera, encargada de la parte principal de la comedia, estuvo felicísima en toda la representacion, y dió muestras de ser algo mas que una aficionada vulgar y rutinaria. La señorita Vera adelanta de dia en dia, y el colorido que supo dar al papel de mojigata, se conoce claramente que es hijo del estudio, y no de una imitacion servil: circunstancia perjudicialísima en las tablas. Nos alegraria en estremo que la señorita Vera se decidiese á presentarse de una vez en el teatro, pues no dudamos que la empresa actual se apresuraria á escriturarla; siendo, como son, pocas las actrices buenas que tenemos hoy, y no prometiendo gran cosa las aprendizas.

—El señor Boix, que ha abierto una gran librería en la calle de Carretas, de la cual, asi como de su establecimiento tipográfico, pensamos ocuparnos con detencion en uno de nuestros próximos números, ha publicado estos últimos dias un libro titulado SI y NO, obra de M. Cormenin, traducida por D. A. Letamendi, digno de llamar la atencion del público español, especialmente ahora que se estan ventilando cuestiones eclesiásticas. La manera nueva y sencilla con que está escrito, la imparcialidad con que sin incurrir en el jansenismo ni en ninguna otra escuela, examina su autor *la controversia entre los ultramontanos y los galicanos*, y lo correcto de la traduccion hacen muy recomendable esta obra. A pesar de no tener mas estension que la de un tomo en octavo regular, como está escrito en forma de preguntas, y las contestaciones se limitan al *si* ó al *no* del título, las materias que ventila Timon en su obra podrian formar grandes volúmenes. La impresion es limpia, clara y en muy buen papel.

Tambien se ha repartido estos dias la segunda entrega del *Arte gimnástico-médico* de Gerónimo Mercurial, traducido del latin por D. Francisco de Paula Abril. Las láminas son grabadas en madera, y estampadas aparte con bastante lujo; siendo notables los dibujos del jóven pintor D. Isidro Castaños. La traduccion está hecha con esmero y conocimientos poco comunes de los idiomas latin y castellano. Creemos escusado recomendar la presente obra hoy que tan estendida se halla la aficion á la gimnasia, y tan reconocida es de todos su importancia en la educacion de la juventud.

ANTONIO FLORES.

ANUNCIO.

DESCRIPCION

Geográfica, Histórica, Política y Pintoresca de España y Portugal,

Y SUS ESTABLECIMIENTOS DE ULTRAMAR,

POR DON TOMÁS BERTRAN SOLER,

miembro de varias sociedades científicas y literarias,

ilustrada con 200 grabados en madera, y con el grande y único ATLAS DE ESPAÑA Y PORTUGAL, por provincias, repartido en 107 pliegos de marca mayor, que juntos forman 42 mapas, único que tenemos hasta el dia, debido al celo y laboriosidad de nuestro célebre geógrafo, que lo fué de S. M. don Tomás Lopez, corregido y aumentado por sus sucesores.

Se han repartido á los señores suscritores las entregas 26 y 27 de esta interesante publicacion, las cuales contienen 4 hermosos mapas tirados aparte y grabados. Los que no las hayan recibido acudirán á las librerías de su editor propietario. D. Ignacio Boix, calle de Carretas, núms. 8 y 35, donde continúa abierta la suscricion al precio de 10 rs. vn. entrega.

CONTENIDO DE LAS SECCIONES.

1. Reseña geográfica de España y Portugal, acompañada de 5 mapas que forman 7 1/2 hojas.
2. Idem del antiguo reino de Aragon, inclusas Cataluña, Valencia y las islas Baleares, acompañada de 4 mapas en 14 pliegos.
3. Idem del antiguo reino de Navarra y provincias Vascongadas, acompañada de 4 mapas que componen 7 pliegos.
4. Idem de los antiguos reinos de Asturias, Galicia y Leon, acompañada de 11 mapas en 30 pliegos
5. Idem de ambas Castillas, inclusas Estremadura y Murcia, acompañada de 13 mapas en 28 1/2 pliegos.
6. Idem de los cuatro reinos de Andalucía, acompañada de 4 mapas en 11 pliegos.
7. Idem del reino de Portugal, acompañada de un mapa en 8 pliegos.
8. Idem de los establecimientos ultramarinos que en la actualidad hacen parte de la monarquía española.
9. El mapa general de España, segun su nueva livision de provincias, cuya entrega formará el final le la obra.

Por separado se publicará al fin de esta obra, bajo as condiciones que indicaremos, un Diccionario geográfico, estadístico y militar correspondiente á cada seccion.

DIRECTOR Y EDITOR, D. Antonio Flores. Impreso en las prensas mecánicas de F. I. BOIX, calle de Carretas, núm. 8.